

GERMINAL

SEMENARIO REPUBLICANO SOCIOLOGICO

Madrid..... { Trimestre..... 2 pts.
Año..... 7 —
Provincias.. { Trimestre..... 2,50 —
Año..... 9 —
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.
25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 9 A 12.

Administración: VILLANUEVA, 20,
Redacción: GÉNOVA, 7, bajo, Madrid.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

SUMARIO.

TEXTO.

Ideales, Nicolás Salmerón y García.—*Danton*, Louis Blanc.—*La moral social*, Benoit Malon.—*El viejo y el mendigo* (poesía), R. de Campoamor.—*Desencanto* (poesía), M. de la Revilla.—*Un renegado ilustre*, I. L. Lapuya.—*Los equilibrados y la línea media*, U. González Serrano.—*Menudencias* (poesía), Enrique Ruíz.—*Madrid y las provincias*, Ernesto Bark.—*Silogismo* (poesía), Adolfo Luna.—*Los dependientes de comercio*, Francisco Maceín.—*La miseria*, Emilio Zola.—*El Panamá anárquico-jesuita*, A. de Santaclara.—*Crónicas teatrales*, Felipe Trigo.—*Aspiración* (soneto), Francisco Villaspera Martín.—*Los proletarios de levita*, Onofre Viladot.—*Los presos de Montjuich*.—*Unión de dependientes y empleados*.—*Rasgos*.—*Atención importante*.—*Mujeres prácticas*, César Nocém.

GRABADOS.

Danton (retrato).—*El día de abundancia*, P. M. Beyle.—*La siesta*, M. Goodman.—*El rosario de la aurora*, García Ramos.

IDEALES.

GERMINAL es hoy lo que ayer fué; GERMINAL continúa en su avanzado puesto de batalla; seguimos luchando con el mismo ardimiento por la causa socialista y los modernos ideales, poniendo al servicio de estos grandes principios el perseverante aunque modesto esfuerzo de nuestra inquebrantable y resuelta convicción.

Apenas si necesitamos ratificar la tendencia y el sentido que GERMINAL defiende y representa: es de irreconciliable oposición, de permanente protesta, de absoluta rebeldía contra el régimen actual, basado en la secular y opresora alianza del altar y el trono, en la explotación y la servidumbre que engendran las instituciones económicas y en la vil cobardía de las almas que ha producido la criminal indiferencia y el menguado egoísmo. Nada queda en pie en las sociedades modernas que no esté muerto en el espíritu de los hombres cultos; como en un navío en marcha que golpean las olas furiosas se sienten los estremecimientos del casco y el temblor de la armadura que cruje y vibra en cada dura sacudida, así en las sociedades modernas se percibe el siniestro crujido y se divisa la brecha abierta que el germen fecundo del porvenir, para brotar á la vida, produce en el orden y en la jerarquía social, rotos y muertos.

Asistimos á la agonía tenaz, que quiere prolongar la vida estéril del viejo mundo que muere; de las instituciones caducas, que el cristianismo inspirara, moldeadas en la fe religiosa, ya por fortuna muerta, y que en vano se intenta resucitar, presentándola con revocos y afeites de arte modernista y aspiración de históricos decadentes. Y la juventud, sana de espíritu, educada en el método de la experimentación y en el estudio de la realidad, necesita afirmar su criterio y desplegar al aire su bandera, proclamando sus ideales redentores.

Abominamos de ese ideal neo-cristiano que hoy se pretende, por gentes que militan en muy distintos campos, presentar ante la humanidad



DANTON (véase la página 2).

inquieta, atormentada por los dolores de la concepción de nuevos ideales, como la única tabla de salvación que ha de devolver la fe á los espíritus conturbados por la duda y entristecidos por la perspectiva de la muerte. Ese ideal consistiría, como dice Reclus, en volver hacia atrás, hacia la infancia de las sociedades, en renegar de la ciencia, para prosternarse de nuevo ante un Sinaí relampagueante, bajo la mirada severa de un Moisés temido, intérprete soberano de

las leyes divinas. No: ese ideal cristiano de resignación humilde, de sacrificio estéril, de odio hacia el mundo y la vida; ese ideal de literatos decadentes, que no pueden desprenderse del llamativo ropaje del romanticismo sentimental; ese ideal de una sociedad corrompida, caduca, que viviendo en el oprobio y en la hipocresía, no se resigna á desaparecer y á morir; que no quiere abrir los ojos y ver, porque la realidad le asusta y le amedrenta, y prefiere engañarse á sí

misma con ilusiones y fantasmas que la razón desvanece; ese ideal que durante siglos enteros ha petrificado el espíritu humano en el quietismo y en la servidumbre del dogma, que renuncia á la voluntad de saber, á la sublime curiosidad de sondear lo desconocido; ese ideal que anonada y extingue todas las cualidades viriles, ese ideal no es el nuestro ni puede serlo.

No somos del *rebaño de los fieles*: queremos conservar la voluntad y la fuerza para investigar la verdad; queremos vivir, luchar en las avanzadas del progreso, formar en el ejército de pensadores y de sabios que guían á la humanidad en su marcha ascendente. «Hemos llegado, dice Reclus, al punto en que la nueva historia de la humanidad empieza. Todas las vicisitudes, todas las revoluciones de los siglos pasados han tenido, bajo mil apariencias diversas, una sola y única causa: la falta de pan; y esta causa eterna de discusiones y de odios va á desaparecer: ¡llegamos al momento crítico de la vida social en que el mundo va á girar sobre su eje!» La vida se desborda en la Naturaleza, pródiga y magnífica; el mundo marcha; la ciencia estudia, investiga, descubre; las sociedades evolucionan; la moral cambia; y allá, en el horizonte, un nuevo mundo se vislumbra, regido por leyes de justicia y de solidaridad entre los hombres. ¿Por qué encerrarnos en dogmas muertos, en creencias absurdas, en una fe imposible, en religiones caducas, que como una densa bruma tras de nosotros desaparecen?

Queremos cooperar á la obra de conquistar para la sociedad entera lo que los grandes sabios de la antigüedad buscaban para el individuo; reemplazar el heroísmo estoico por la educación y la solidaridad, hasta que la humanidad se constituya en su conciencia moral y sepa orientarse con energía y método hacia la felicidad, es decir, hacia el funcionamiento normal de su libertad. A esa obra inmensa que el pensamiento humano persigue, y que la ciencia va elaborando, es á la que creemos que el concurso de la juventud debe prestarse por entero; de la juventud que piensa y siente con independencia, que llega á la vida con ansias de libertad y aspiraciones de justicia. Frente á la juventud viciada por la corrupción general de las conciencias en esta sociedad agonizante, dañada por el escepticismo egoísta, vil adulatora del éxito y de la fama, que alardea de romper moldes viejos y se junta en camarillas de intrigantes despreocupados, sin energías, sin vigor ni aliento más que para la crítica menuda y el chiste fácil; frente á esa, hay otra, á la que ofrecemos en GERMINAL una tribuna modesta, pero honrada, sincera, abierta á todos los grandes ideales; que persiga hoy, defendiendo la República y el Socialismo, una política positiva y práctica; que, libre de dogmatismos estériles y de misoneismos inconscientes, sepa rendir siempre fervoroso culto á la razón, suprema ley, y á la ciencia, soberana diosa.

NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA.

DANTON.

Danton había llegado al poder. Según una frase suya muy conocida, un cañonazo acababa de llevarle al ministerio.

Tan grande es la impresión que ha hecho en todos los historiadores ante los cuales se ha presentado su figura, que pocos de entre ellos han podido evitar, al pintarle, en caer en la hinchazón de la frase. Unos han hecho de él un Júpiter Tonante, otros le han en-

grandecido por el odio hasta la elevación siniestra del Satanás de Milton.

Lo que sí es cierto es que, entre todos los personajes de la Revolución francesa, ninguno aparece á nuestra vista con un carácter más señalado. Como Mirabeau, Danton llevaba su alma en su rostro, rostro imponente y sensual, de una fealdad á veces atractiva y á veces terrible, salpicado de viruelas, surcado, devastado, arrugado, pero á pesar del fiero relámpago de los ojos, á pesar del violento dibujo de la boca, rebotando una secreta dulzura.

Un día que Danton comía con Cavaignac y varios jacobinos amigos de ambos, se le ocurrió decir, entre los vapores del vino, que les había llegado el turno de gozar de la vida; que los hoteles suntuosos, los manjares exquisitos, las telas de oro y de seda, las mujeres que excitan el deseo, eran el premio de la fuerza conquistada; que la Revolución, al fin y al cabo, era una batalla, y debía, como todas las batallas, tener por resultado el reparto de los ópimos despojos entre los vencedores.

Ante estas palabras inesperadas, los comensales se miraban los unos á los otros con extrañeza y el más rígido de entre ellos, Roume (1), mostró en su frente la expresión de un austero dolor, y entonces Danton, al notarlo, se levantó bruscamente y exclamó con una inmensa y sardónica carcajada: «Pero ¿ereis vosotros, que no podría yo si quisiera, ser *sans culotte* (2), lo mismo que cualquier otro? ¿Creeis, que como otro cualquiera, no iba yo á poder—añadió con gesto cínico—mostrar mi trasero á los transeuntes?»

Tal era Danton, mezcla de Diógenes y Sardanápalo; pero, con todo esto, un no sé qué de grandioso, de original y de fuerte. Hablando de sus maneras, Garat lo llama «un gran señor del *sansculotismo*». Se podría también, tratando de su inteligencia política, llamarle el hombre de Estado del caos.

¿Fue cruel? Apenas si han osado pretenderlo sus enemigos. Y sin embargo—ya lo veremos—se presenta al juicio de la Historia tintas las manos en la sangre de Septiembre. ¡Extraña naturaleza!

Ningún hombre en la Revolución habló más formidable lenguaje; ninguno puso su sello personal sobre las medidas más mortíferas, y á pesar de todo, en el corazón de quien quiera que le juzgue, está más que á medias absuelto por la involuntaria simpatía que inspira. ¡Ah! es que la espontaneidad de la pasión, sus inconsecuencias, los fogosos arranques, que la misma violencia cuando es manifiesto que no es sino el extravío de la sensibilidad, tiene algo que atrae y fascina. Y ¿en quién el amor y el odio, brotaban más directamente que en Danton, de lo más hondo de las entrañas? ¡Seguidle á través de su carrera ardiente! Hoy, duro y feroz como el destino, dice que «hay que meter miedo á los realistas» sabiendo perfectamente los fallos terribles que van envueltos en estas palabras; pero ¿qué le importa? No verá caer las víctimas; hasta sus oídos no llegará el rumor de los sollozos. Que mañana una mujer llorosa pase á su alcance, que una voz gima, si hasta él llega el gemido, héle ya desarmado súbitamente y enternecido.

¿Cuántas veces sus furiosos aparentes no fueron sino una especie de generosa hipocresía! ¿Cuántas veces arrancó víctimas á la muerte, ahogando rugidos terribles! Iba dándose las de bárbaro, para adquirir el poder de ser humano. Y suponed ahora que, bajo aquella máscara de Minotauro, rueda una lágrima, una de las que llegan al corazón porque de él vienen; imagínese ese tribuno, tan violentamente práctico, sumido de repente en la melancolía, poniéndose á suspirar por la amargura que entraña el rudo gobierno de los hombres, y golpeándose el pecho y lamentándose de no haber nacido simple pescador; ¿qué hay más conmovedor, qué más irresistible?

Acaso también, osemos decirlo, acaso exista un poder oculto aun en los contrastes, en los cuales la flaqueza humana se revela. La enfermedad de nuestra naturaleza es tan susceptible, que los héroes perfectos la hielan; se asusta al no reconocerse en ellos. Danton tuvo vicios, pero que contrastaban todos con sus virtudes. La adoración respetuosa de que rodeaba á su mujer, joven y dulce criatura, aumentaba las simpatías de los que no ignoraban hasta dónde podían llegar la brutalidad de su lenguaje y el vuelo de sus deseos. Lo que había á veces de hinchazón en su palabra, no hacía sino resaltar el carácter habitual, que era una varonil sencillez. Su aptitud para manejar los resortes ocultos, para adaptarse á maniobras diplomáticas, espionando para abrirse caminos subterráneos; sus maquinaciones, en fin, no servían sino para dar mayor relieve á la impetuosidad ordinaria de su temperamento. ¿Qué hombre existió jamás de una actividad más fulminante en determinados momentos y, sin embargo, más perezoso?

Este encanto y esta fuerza misteriosa del contraste, hé aquí lo que Danton poseyó en grado supremo y lo que faltó totalmente á Robespierre. Bajo la virtud de este se siente el pulido peso al mismo tiempo que el

frío de la abstracción; mientras que bajo cada vicio del otro chispea el fuego de la vida. Hay en la vida de Robespierre una especie de uniformidad de tono que hace su grandeza como apagada y casi siniestra; pero coged uno de esos lienzos de Rembrandt, chorreando luz, porque están cuajados de sombras, y hé ahí Danton.

¿De dónde, pues, procede que en la misma Francia, y en París, su foco de vida, la popularidad de Danton acabó por ceder al ascendiente de Robespierre? Ninguna prueba mejor de que, á pesar de su desarrollo prodigioso de pasiones, la Revolución francesa fué ante todo, una idea, un principio: al que representó esta idea con mayor elevación moral y sirvió este principio con más rectitud, á ese vino la fuerza, hasta el punto de que para abatirle, cuando la Francia sintió el cansancio de su heroísmo, hubo también que abatir la Revolución.

En cuanto á Danton, parecía querer permanecer alejado; frecuentaba poco la tribuna, y se mostraba tan pronto fatigado por la tormenta, como indeciso sobre el camino que debía emprender. En vano trataba de buscar un dulce abrigo en el amor que le inspiraba su joven esposa, y hablar de una vida apacible, de reposo, de horas consagradas al olvido entre los árboles y las flores; lo que tenía de real y de profundo este cansancio de una naturaleza fogosa no lo advertían sus adversarios, combatientes que no sentían aún la fatiga, y sus amigos hacían sospechosa su sinceridad precipitándose á una lucha que, sin su apoyo, hubiera sido insensata y parecía imposible; pero lo cierto es que contaban con él. «Danton duerme, decía Desmoulins, es el sueño del león; pero despertará para defendernos...»

El proceso de los dantonistas comenzó el 13 germinal (2 de Abril). Las respuestas de Danton, relativamente á su nombre y á su domicilio, fueron éstas: «Mi morada será pronto la nada; y en cuanto á mi nombre lo encontraréis en el panteón de la Historia.» Cuando le llegó el turno de defenderse, su voz tonante llegaba hasta la calle y hasta lejos, por estar abiertas las ventanas de la sala del tribunal. Danton conocía el poder de su palabra, y se sirvió de ella como hombre que desafía á sus jueces, desprecia á sus enemigos y no se cuida de dirigirse sino al pueblo, bien resuelto á arrastrarle conmoviéndole. Aquella voz varonil, que en días de peligro lanzó la famosa arenga que levantó la Francia en masa contra la coalición de los reyes, retumbó en la sala del tribunal, llegando los rugidos de su acento hasta los muelles del Sena, donde se apiñaba la muchedumbre estremecida, y en la que cada uno de esos ecos sembraban la agitación.

La ley mandaba que el fallo fuese pronunciado en presencia de los acusados; pero como se temían los movimientos que ya habían estallado en la Audiencia, la ley fué violada; habían trasladado á los acusados á la prisión de la *Conserjería*; allí enviaron al relator á leerles la sentencia; al llegar en la lectura al artículo de la ley que se les aplicaba, interrumpieron los procesados no queriendo oír más y exclamando que poco se les importaba con qué arma se les iba á asesinar. Los ejecutaron el 5 de Abril. Danton murió con una elevación imponente; tenía el instinto de la grandeza, y este instinto en los hombres de su temple nunca se manifiesta mejor que en presencia de la muerte. A Camilo Desmoulins el exceso de la indignación le había privado del dominio sobre sí mismo; durante el trayecto de la prisión á la guillotina, desgarró hasta tal punto sus ropas, que llegó casi desnudo al pie del patíbulo. A esa abyecta porción de la muchedumbre que tiene aclamaciones para todos los triunfos y silbidos para todas las caídas, le gritaba: «¡Pueblo, te engañan, te engañan! ¡Se inmola á tus mejores defensores!» Pero Danton le dijo: «Calla y deja á esa vil canalía.»

El fúnebre cortejo tenía que pasar por delante de la Dupluy, rue de Saint-Honoré, donde vivía Robespierre, que había hecho cerrar herméticamente puertas y ventanas; la casa parecía un sepulcro; un gemido salió de allí cuando pasó Camilo.

¿Quién no conoce lo demás? ¿Quién no sabe que, llegado el momento de la ejecución, Hérald de Léchelles, aproximándose á Danton para abrazarle, uno de los ejecutores, tratando de apartarle, Danton le dijo: «¿Te han mandado que seas más cruel que la muerte? Anda, que no has de impedir que nuestras cabezas se besen en el fondo del cesto.» Al acordarse de su mujer, que dejaba en cinta, se enterneció: «¡Oh, mi amada, ya no te volveré á ver!» Pero recobrando en seguida su firmeza y volviéndose hacia el verdugo: «enseñarás mi cabeza al pueblo: no perderá nada...»

Entre la justicia y la política, cuando esta difiere de la justicia, la diferencia consiste en que la primera es un escudo para todos y la segunda una espada, de la cual nadie está seguro de poder dirigir siempre á su gusto la punta. ¡Ah! Es realmente de una belleza penetrante, y cuán cierta, esta expresión de Michelet, hablando del cementerio de Monceaux: «Danton abrió las fosas y en ellas esperó á Robespierre.»

(1) Autor del Calendario republicano.

(2) Descamisado.

LA MORAL SOCIAL.

Lo que Augusto Comte llamaba hace cuarenta años *nuestra deplorable situación moral*, no se ha mejorado. Hoy como en 1845, y con mayor razón, podemos decir que «la destrucción de todos los principios sociales y al mismo tiempo el rebajamiento de la acción política, entregan el mundo cada día más al charlatanismo y a las medianías, cuyo único impulso es la concupiscencia ó el pueril afán del mando».

Séanos permitido abandonar por un momento el tiquis miquis de la política del día, para ocuparnos de aquella dolorosa y amenazadora decadencia moral.

Puede haber moralidad social sólo cuando ésta deriva lógicamente de la síntesis intelectual de una época. Nos falta esta síntesis: salimos intelectualmente del eclecticismo escéptico para entrar en la ciencia, mientras que estamos moralmente todavía en los insuficientes preceptos de la teología, agravándose la anarquía moral por el egoísmo brutal de la burguesía triunfante, que goza á costa del proletariado. Por esto no ha producido la ciencia moderna ninguna moral correspondiente, porque á la burguesía le falta la virilidad y el altruismo necesarios para salir del viejo y carcomido edificio de la antigua religión.

De ahí viene el mal: la antigua fe ha muerto; su cadáver corrompe la atmósfera de la idea, y nosotros ni sabemos sepultarla ni saludar la fe humana que surge ya desde los horizontes de la ciencia. A la muchedumbre ávida de síntesis nuevas, no saben ofrecer las clases directoras, roídas del escepticismo, nada más que las ensangrentadas leyendas de la mitología hebrea, que son la negación de la naturaleza humana y de las necesidades sociales.

No pedir al dogma de la salvación individual extraterrenal el noble culto á la humanidad; el viejo dogma no tiene grandeza moral ni ha sabido retener los bárbaros que destruyeron las ciencias.

¿Puede formularse ya la nueva fórmula de la moral?

Las ciencias positivas han acumulado bastantes materiales. La moral deriva de los hechos sociales y se desarrolla con estos hechos, estas acciones. Todas las acciones morales tienden hacia el altruismo, que sólo les da carácter social, sin el cual carecen de toda eficacia bienhechora, sin el cual no tienen valor moral alguno.

En una palabra: la nueva moral no puede ser ni teológica, ni metafísica, ni una pura moral natural, sino será *social*.

La evolución se realiza en este sentido. La conciencia humana ha salido en los individuos mejor dotados y más ilustrados del egoísmo primitivo, limitado insuficientemente por el temor á los dioses, para concebir el *ego altruismo* de los evolucionistas, que no separa la dicha personal de la noble lucha por el desarrollo y la dicha del mayor número, ni de los deberes de compasión y bondad hacia todo sér que vive.

BENOÎT MALON.

París.

EL VIEJO Y EL MENDIGO.

Rodeado el tío Blas de gente dijo:—«Vaya un cuento ahora»— y ya iban tres cuartos de hora, cuando él iba en lo siguiente:

—«Aunque pobre, el juez prudente le hizo justicia al momento.»—

Y un pobre, que oía atento,

dijo al tío Blas con malicia:

—«¿Pobre, y se le hizo justicia?»

Dice usted bien: *eso es cuento.*»

R. DE CAMPOAMOR.

DESENCANTO.

Buscando la verdad hallar la duda...
al puro cielo levantar los ojos,
y en vez del Dios que la oración acoge,
contemplar la sarcástica sonrisa,
y la siniestra faz de Meffistófeles,
morir, y de la tumba en lo profundo
hallar las sombras de la eterna noche...
¿Y para esto, soberanos cielos,
á la vida llamásteis á los hombres?

M. DE LA REVILLA.

UN RENEGADO ILUSTRE.

París, 15 de Octubre de 1897.

Rompiendo la monotonía de la vida política, hoy aparece en las columnas de la prensa diaria la noticia de un acontecimiento intelectual de síntomas muy graves: el abate, el presbítero Víctor Charbonnel, se separa de la Iglesia católica. Y al separarse, por medio de una carta al arzobispo de París, declara que «largas y dolorosas pruebas» le han llevado á la convicción de que «servir á la Iglesia ó á los hombres que pretenden gobernarla no es servir á Dios».

Yo no sé lo que sucedería en España, entre los periódicos, si un sacerdote hiciese declaraciones parecidas á las del Sr. Charbonnel. Pero puede creerse que, por lo menos, guardarían silencio, y acaso intentarían desfigurar los hechos, de modo que resultase, conforme al viejo molde, culpable y castigado el vicio—el cura renegado,—y triunfante la virtud—Roma y sus hombres.

Aquí, con el criterio más amplio, más elevado, aunque no siempre por completo imparcial—¿acaso la imparcialidad no suele ser la hipócrita investidura del miedo?—el acto del Sr. Charbonnel ha tenido un eco poderoso, y en todas partes se comenta y discute.

Porque no se trata de un cura más ó menos en el gremio católico. Se trata de una declaración, de una prueba solemne de que es imposible renovar el ideal religioso y cambiar la actitud secular de la Iglesia católica para con las demás confesiones religiosas ó para con el pensamiento libre. Queda demostrado que el catolicismo persiste en sus intolerancias y que no ha progresado nada absolutamente desde que, por causas semejantes á las que ahora sobrevienen, se apartaron de él los Lamennais, Lacordaire, Montalembert, Jacinto Loyson, P. Didot. «La suerte del liberalismo ca-

tólico sigue siendo la misma: entusiasmar algunas almas nobles, producir grandes y muy hermosas luchas, y acabar, por último, bajo la opresión del absolutismo y de la ortodoxia intransigente.»

«Todos los que se interesan en los problemas de la vida moral—decía hace muy poco un biógrafo del señor Charbonnel—saben cuál es la generosidad de ideas, la noble independencia de carácter y la profundidad del talento en este doctísimo escritor.»

Porque, en efecto, el ex-padre V. Charbonnel es un escritor de verdadero mérito, autor de una obra de crítica sobre los *Místicos en la literatura presente*, de un libro de polémica sobre el *Congreso universal de religiones*, y, por último, de un estudio acerca de la *Voluntad de vivir*, exposición sentida y emocionada de problemas morales, presentados sin arte retórico, de buena fe, con verdaderos propósitos de paz y de concordia.

Victor Charbonnel es un joven: nació en 1863. Teólogo en San Sulpicio, letrado en La Sorbona, profesor más tarde en el colegio de Saint-Etienne, en Meaux, se ha distinguido, sobre todo, por su briosa propaganda en favor de un Congreso universal en que se reunieran en París, el año 1900, los representantes de todas las religiones. Este Congreso debería tener, sin duda, una resonancia mucho mayor que el celebrado con iguales fines en Chicago; pero en el fondo bien se ve que no era novedad peligrosa ni cosa jamás imaginada.

Y, sin embargo, ello ha bastado para que Víctor Charbonnel se vea perseguido, desautorizado, compelido, en fin, á renunciar á sus proyectos, bajo pena de todas las censuras que la Iglesia reserva contra sus hijos desobedientes y tenaces. ¿Qué hacer? «Estoy vencido—dice el abate Charbonnel,—abandonado por los que, llamándose liberales, creían que era lícito pensar como yo siguiendo en el seno de la Iglesia; pero que ahora, por temor á los anatemas, retiran sus



P. M. BEYLE. — DÍA DE ABUNDANCIA.

adhesiones á mis ideas y fingen permanecer indiferentes tanto como antes aparecieron entusiastas.» Y cita los nombres de Etienne Lamy, el vizconde de Meaux, Arthur Desjardins, Anatole Leroy-Beaulieu, etc.

No hay remedio. Cada día se nos presentan pruebas de que no se puede permanecer en el gremio católico y defender al mismo tiempo doctrinas de libertad, de fraternidad, de armonía entre todos los pueblos, entre todas las formas de ser honrados, de ser justos y buenos.

La religión ideal, el cristianismo libre de Channing y de Tolstói, es incompatible con las definiciones de los obispos, con los mandatos de una curia aferrada á sus prácticas, que confunde la inmutabilidad del dogma con la resistencia al movimiento, y la inconstancia con la variedad de los afectos.

El arte de impulsar á los pueblos, venciendo esas resistencias intelectuales, realmente poderosas, exige una preparación difícil, laboriosa, incesante. El genio ha roto muchas veces la trabazón y la cadena; pero no es obra sólida la que se verifica de repente. Poco á poco la araña ha retejido su polvorienta tela, y hoy se acomoda como nunca por los rincones del cerebro español, deshabitado de pensamientos, caserón solariego de muchas y pasadas grandezas, lóbrego, misterioso..., pero sólido, sin quebranto, susceptible de ser abierto al aire y de trocar sus apariencias de ruina en un triunfo de luz, que por las solanas de sus muros penetre y lleve á todas partes el calor y la vida.

I. L. LAPUYA.

LOS EQUILIBRADOS Y LA LÍNEA MEDIA.

APARTE la legión indefinida de *revoltés* y *detraqués*, que en regiones fronterizas á la vida social ofrecen notas más ó menos inarmónicas para el conjunto, y exceptuando el apretado haz del vulgo, en la colectividad, actualmente existen menos genios, pero también hay menos esclavos.

La ola invasora de una democracia viable, *sarampión* al cual se resignan aun los mimados por la fortuna, tiende á una nivelación constante. Transige el que está arriba, temiendo, por quererlo todo, perderlo todo; exige más y más el colocado en los peldaños más ínfimos de la escala social, porque instintivamente presiente que el movimiento es la vida y que la *variabilidad* del medio es la condición de todo progreso.

Ante semejante movimiento de ascenso, si lento, continuo, pues para subir alto es preciso ascender por escala espiral, se desvanecen las protestas románticas que tanta densidad prestan á la corriente vulgar. Sólo seducen las notas extremas á la opinión inculta é irreflexiva. Los que van para esclavos oscilan entre la servidumbre y la violencia. Quien se adiestra en el difícil ejercicio de la libertad evita cuidadosamente lo anormal.

Un periódico de gran circulación ha dicho que la muerte del *chauvinisme* francés y el descrédito del *brav'general*, del que prometía la soñada *revanche*, han hecho viable el imperio de lo mediocre. Como resultante de fuerzas extremas, que recíprocamente se destruyen, crece la línea media, con todo el prosaísmo que una histeria incipiente quiera; pero también con la fuerza incontestable de una evolución que consagra los hechos consumados.

Fórmula intelectual, síntoma bien acentuado del predominio de la línea media (*aurea mediocritas* del clásico) es la tendencia al *dilettantismo*, más fácil de ser percibido que explicado. Al anhelo del vulgo, que necesita vivir de afirmaciones escuetas, opone el *dilettante*, con la metamorfosis intelectual y sentimental que implica, su odio á la horrible manía de la certeza. Su amplitud de criterio (tolerancia en lo político) corrige toda afirmación cerrada, y por hábiles matices prepara el tránsito á otra afirmación diferente. Con una especie de dialéctica nueva, ante la legitimidad parcial de varios puntos de vista contradictorios, hace que la inteligencia participe de la infinita fecundidad de las cosas; practica el principio de la *relatividad de los conocimientos*, opone á la razón del uno la sinrazón del otro y á la inversa; prepara, ya que no síntesis vivas, sincretismos que ayuden á inferir de las ideas falsas su alma de verdad y concluye en un compás de espera, necesario para esta atmósfera, cargada de electricidades contrarias.

Quizás el *dilettante*, que no contempla las cimas, ni mira directamente la luz que viene de arriba, pero extiende y amplía la orientación por el valle y la llanura, logra que ascienda el nivel común, en cuanto descubre perspectivas que el hombre genial y de intenciones no ha visto ó ha olvidado; tal vez contribuye á su modo al progreso ordenado de la vida y de la cultura, pues si no crea, ni inventa, comprende y explica. Entre otros, Alcibiades, César y Virgilio en la antigüedad clásica; Leonardo de Vinci en el Renaci-

miento; Goethe, Schopenhauer y Renan en la Edad Moderna, y Moreno Nieto y Valera en nuestros días, con sus incertidumbres de criterio, han ensanchado el horizonte intelectual y moral de las gentes. Prisma de infinitas caras la realidad, presente el *dilettante* (con su *proteísmo*) que debe buscar en su alma mil facetas para reflejar los múltiples aspectos, á través de los cuales se transparenta el velo de Isis. Si no aumenta el caudal de la cultura, lo extiende y divulga, porque el progreso no demanda sólo intensidad de energías, también requiere extensión y vulgarización de lo ya conquistado (1).

Con frecuencia bastían los estímulos y aperitivos fuertes, provocando convulsiones febriles, mientras los tónicos que rehacen y conservan la salud, son los factores del progreso lento y eficaz. En el equilibrio inestable, que es requisito obligatorio de la plasticidad de lo vivo, rezagados y descontentos se sienten dislocados, y fuera del ritmo social protestan con mayor ó menor violencia del orden establecido y creen que lo anormal, lo aparatoso y llamativo, lo excepcional y extravagante es el único lenitivo á las imperfecciones inherentes á todo estado social. Demagogia blanca, la protesta del tradicionalismo llamado legitimista, y demagogia roja, son gritos de violencia del que corre tras nuevas utopías; ambas mantienen vivo el aspecto aventurero del *trabucaire* y del revolucionario. Términos incommensurables recorren, con la lógica del absurdo, la trayectoria que va de uno á otro extremo, desde D. Carlos al Petróleo, de la servidumbre en la dictadura á la dinamita del anarquismo.

Por dislates que implique un anhelo social, siempre consigue su adecuada manifestación artística. El romanticismo, que hoy se llama simbolismo, decadentismo, etc., sigue desdeñando por vulgar la normalidad y la ley, poniendo el ideal en lo anormal y en lo enfermo, execrando la sociedad y la cultura y sustituyendo á la tonicidad del músculo el estímulo nervioso, terreno abonado para el desequilibrio, que toma con Ibsen por dogma la insociabilidad y por honor el ser bárbaro como remedio un tanto grotesco de los Manfredos, C. Moor, Ruy Blas, Félix de Montemar y otras creaciones románticas.

En tanto, la colectividad, si no corre, anda; la línea media crece, la *burguesía* se impone, el *aurea mediocritas* es ley de vida, y el hombre que adquiere el inestimable bien del sentido común (el menos común de todos), se habitúa á pensar como un semi-dios y á obrar como un burgués; fía mucho á la evolución y pone en tela de juicio la eficacia de las revoluciones por sistema.

Se efectúa el progreso, al menos el viable y fecundo, merced á hábitos acumulados. La educación y la herencia habrán de suavizar las costumbres, formando la convicción de que no prospera la utilidad propia á costa de la del prójimo. Hoy, el hombre instruído y bien educado se considera incapaz de un robo ó de un secuestro; no necesita una abnegación heroica para no ser ladrón, falsario, ni perjuro. Llegará día (quizá no está lejano, pues así lo revela el afán con que se evita el escándalo, pagando tributo el vicio á la virtud), en que las faltas morales serán consideradas por la opinión como más ridículas y más feas que las comprendidas en la denominación genérica de la *corsilería*. La relativa mejora de las clases sociales facilita también el cumplimiento de los preceptos de la moral, quizá sólo de la moral *grosse*, de la que evita cautelosamente las mallas del Código; pero algo es algo. Si el *Cave et*

(1) El *dilettantismo*, como todo lo humano, tiene su anverso y su reverso. Los llamados *intelectuales* y *comprensivos* llegan á un desequilibrio neurótico, porque anticipan la imagen á la realidad y porque idean sensaciones y sentimientos antes de experimentarlos. La sobreexcitación de la energía intelectual (*surmenage*) impone un trabajo complicado, que prescinde de la capacidad del cerebro humano, quebrantado por la prodigalidad de la instrucción abajo y del análisis sutil en las clases superiores. El pensamiento dota al hombre de una cierta independencia (sin suministrarle los medios para afirmarla) constituyendo «un imperio dentro de otro» y formando de las cosas una idea á veces contraria á la realidad y de los individuos *deplacés* que sufren... las lecciones sangrientas de la dura experiencia. Quizá pudiera evitarse tal inconveniente, cuidando de que el pensamiento (en su procedimiento empírico-ideal ó realismo idealista) se sujete á la experiencia, en vez de anticiparse á ella. Pero aun así subsisten los efectos terribles del desgaste fisiológico (empobrecimiento de la sangre, disminución de la energía muscular y neurosismo exagerado) del agotamiento de la sensibilidad (por la concepción de ideales refinados) y de la ruina de la voluntad (enervada é impotente en los seres demasiado comprensivos—indecisión del que en todo piensa y en todo halla dificultades insuperables). Será preciso recordar, contra la opinión de los comprensivos, que no vive el hombre sólo de inteligencia y que si la anemia fisiológica se cura con hierro, el empobrecimiento que trae aparejado el *surmenage* demanda como tónicos la virilidad de los sentimientos y el vigor de la voluntad. Opongamos al razonamiento del comprensivo, que pretende demostrar la inanición del esfuerzo, el *fondo apetitivo* que, según la doctrina aristotélica, caracteriza al ser vivo. De semejante fondo puede y debe surgir el latido del corazón difundiendo por nuestras arterias la sangre enriquecida por el hierro.

caute carece de pureza moral é hipócritamente conserva viciada la raíz de las intenciones, ya es algo pagar tributo externo á la virtud y ponerla constantemente en los labios para ensalzarla. La hipocresía es la maldad cobarde; el cinismo es la apoteosis de lo pecaminoso. Que la opinión acentúe la severidad de sus juicios y logre que el culto externo á la virtud se convierta en devoción interna á su práctica es cuanto hay que desear; porque el ideal se implanta en la vida por un *fiat* bíblico; ni á los hombres, seres perfectibles, que no perfectos, puede exigírseles, á todos sin excepción, madera de héroes ó de mártires, cual si hubieran de dar de sí lo que no tienen.

La icteria moral (pesimismo) que niega la redención del mal (*Nulla est redemptio*) menosprecia la plasticidad de lo vivo, que, en flexibilidad indefinida, va poco á poco adaptándose á las nuevas exigencias. Saldar cuentas con las antiguas, implantar de una vez las nuevas, transformar por completo carne, sangre y nervios, crear, en una palabra, caracteres hechos de una pieza es intento fácil de cumplir en dramas y novelas. La vida es más compleja, su trama delicada no consiente golpes teatrales, ni efectismos de bastidores. Y el factor insustituible del tiempo requiere que con él muestre conformidad el bien mismo (oportunidad y sazón), imponiéndose el *oportunismo*, á pesar de su relieve prosaico, como condición del equilibrio inestable de la vida. La fórmula «todo ó nada» es propia de los combates cruentos. Las luchas incruentas y pacíficas, á que invita el ideal indefinido y vago de los contemporáneos, han de conquistar palmo á palmo la tierra prometida. Antes las sociedades poseían un fondo de concepciones análogas, y á veces idénticas, respecto á los problemas capitales de la vida; hoy la ola democrática ha subido y sigue subiendo y se cuentan por miles las fórmulas políticas, estéticas y aun sociales. No existe, ni halla nadie una panacea como fórmula única del gran problema del destino humano, imponiéndose por tanto proclamar la legitimidad parcial de las diversas soluciones.

En la hora que corre, las doctrinas se han compenetrado á un límite que no se puede señalar su alcance preciso y su significación exacta; quien se apellida socialista defiende por ejemplo soluciones individualistas y recíprocamente. La extrema inteligencia (el rigor especulativo de la teoría) contradice las condiciones impuestas á la acción, resultando la severidad de lo lógico, paradoja ilógica; porque no surge la vida de la dirección uniforme de un silogismo (1). Nuestro espíritu, mosaico de sensaciones complicadas, demanda, aun en lo especulativo, un compás de espera, que se traduce prácticamente en las obligadas transacciones de la mutua tolerancia.

No es, sin embargo, lícito confundir la amplitud de criterio con un latitudinarismo, rayano en la frivolidad. Sin duda, el que aspira á ser equilibrado (todos somos algo desequilibrados) y dar relieve á su carácter (que paradójicamente se dice consiste en carecer de él) debe procurar sujetar su vida á las exigencias de la razón, mostrar unidad de pensamiento y obra, pero no ha de confundir las condiciones formales de aquél con las cualidades propias de lo real. Si no es lícito el dogmatismo del pensamiento (todos somos falibles en este mundo sublunar), tampoco es lógico el dogmatismo en la obra.

Absurdo el «muera el que no piense, igual que pienso yo», es también impío considerarse cada cual impecable en su conducta. La duda, señaladamente la especulativa, repercute en la incertidumbre de nuestro esfuerzo y produce como consecuencia obligada la esperanza moral que ha de contar con el factor insustituible del tiempo. Sólo él puede llenar el abismo que separa la ciencia especulativa del arte político. Entre utopía y utopía (y cuidado si pulular) no hay más aglutinante que un perspicaz espíritu crítico, que va poco á poco separando el trigo de la cizaña. La crítica que se ejerce sin tal tendencia cae en el ingenio de la paradoja y se esteriliza con el sofisma perezoso.

Ante el estado caduco de las más amplias fórmulas

(1) Cuantas veces, en efecto, la inteligencia quiere reducir el mundo á una lógica visible, rectifica después su inducción precipitada y tiene que reconocer que las mismas preocupaciones hereditarias son razones que se ignoran; sin que sea lícito tomar como medida de todo las exigencias lógicas de nuestro intelecto, ni aun los más nobles anhelos de nuestro corazón (pintar como querer), porque ni nuestra inteligencia, ni nuestro corazón son la regla única de la realidad en la indefinida complejidad de sus funciones. La perspicacia que surge de una crítica histórica (sinóptica y sugestiva á la vez) nos enseña á hacer que nuestros deseos vayan *pari passu* con el orden de las cosas, en vez de luchar estérilmente contra lo inevitable de dicho orden para subordinarlo á nuestros deseos. Precisamente el génesis de todo desequilibrio crece y fructifica merced al dualismo del *esse* (entendiendo por *esse* el *percipi*, el pensamiento) y del *operari*. El pensamiento vuela con alas de Ícaro y huye del prosaísmo de la práctica, que se pretende subordinar á los deseos del primero. La inversión de términos anula toda iniciativa. El *operari* (orden de las cosas) es la pauta en cierto modo del pensamiento, que si se anticipa como elemento director, pronto encalla si se dirige contra las ineludibles exigencias de lo real.

tradicionales de la conciencia colectiva, ilusiones de la óptica moral (sometida á las mismas leyes que las ilusiones de la óptica física), sólo la crítica, que se nutre del sentido histórico, puede concebir la deferencia y respeto que merecen aún las ideas é instituciones que se desmoronan y cuya ruina á veces precipitamos, más que por falsas (pues lo son todas las ilusiones), porque carecen de fuerza positiva y creadora (1).

Para agitar las dormidas energías hay que agrandar el escenario, suministrando al mayor número posible de gentes (sentido recto de la democracia) el alimento espiritual y corporal. Pan para el cuerpo y pan espiritual (educación) son los requisitos necesarios para que la línea media ascienda; ambos por igual. *Primum vivere, primo comere, deinde philosophari*. Pero no es lícito que se menosprecie ninguno de los dos, pues si la burguesía, la clase social imperante, con un egoísmo suicida toma como ley única de la existencia la del avaro, acaparando tesoros; si falta á la misión tutelar, que por ley histórica le está encomendada, con sus hermanos menores, los *esclavos blancos*, nuevos siervos de la gleba (cuarto estado donde se inicia ya la cola del quinto) entonces quedará la línea media cristalizada y petrificada como rémora del progreso, perderá la plasticidad, que es condición de lo vivo, dificultará la evolución y se impondrá la revolución, cuyos amagos, preñados de peligros sin cuento, anuncian las catástrofes provocadas por los dinamiteros. Rotos los diques, sin que los acontecimientos vayan regidos por una previsión racional, se sobrepone temporalmente la fuerza de los más á la debilidad de los menos. Entablada la lucha, la primera protesta del ideal toma carta de naturaleza en los dolores humanos más potentes que la reacción opuesta por los intereses creados, cuya débil defensa se reduce á caldearse con la refulgencia del sol que brilla, huyendo de la opacidad del que nace (las bayonetas contra la protesta justa). Ninguna censura huelga contra esta tendencia egoísta y exclusiva de la burguesía.

En sentido opuesto, los impacientes (la intransigencia dogmática) pretenden acentuar el ideal, exagerándolo, pues la contradicción engendra pasión, y á la tenue luz de la aurora que se anuncia quieren añadir la tormentosa del relámpago. Roto el equilibrio surgen los desequilibrados como vanguardia indisciplinada, rebelde é inquieta (anarquismo). Quizá los vientos de tempestad que desencadena pongan á los pies de un dictador la libertad política; tal vez el vértigo que les impulsa haga que se descarrile y se retrase la revolución social. Quién sabe si el cauterio del hierro y del fuego, ciegamente aplicado en los explosivos, será contraproducente y no alcanzará siquiera la categoría de antiséptico; porque, después de todo, lo más podrido lo mismo anida á veces allá en las cumbres de lo alto que se agita en los limbos de lo bajo.

Ascetas modernistas, que van tras el fin destruyendo los medios para cumplirlo, los que argumentan con la dinamita no ponen de relieve más que el dolor, sin síntoma alguno de rehacer sobre él para que sirva de tónico y factor de un nuevo equilibrio. Las explosiones de la dinamita, arma de doble filo, empañan y aun interrumpen el hilo de oro que une el pensamiento con el corazón y ofrecen como enigma de los enigmas obscuridad y horrores, muerte y sangre. El consuelo de la fe suministra á algunos la resignación, ya que las religiones, como el gusano de luz, desean iluminar las sombras. Ante el tupido velo de ellas, el que no reza medita y procura rehacer, tonificando con la virtud curativa del dolor, las apocadas energías.

Las huellas sangrientas que deja la esfinge no alumbran, perturban con sus resplandores; no confortan. Restablecido el orden merced al instinto de conservación social más potente en las colectividades que en el individuo, no es lícito perdonar y olvidar juntamente, lo cual equivale á arrojar por la ventana enseñanzas adquiridas á costa de dolorosas experiencias. Perdonar manda la piedad; no olvidar recomienda la previsión. Perdonemos al desequilibrado, pero recordemos (ya que una educación deficiente no logró limar los dientes ni cortar las uñas) la ley de la solidaridad social. Ella enseña que si la concupiscencia es nube que oculta á los explotadores lo que sufren los explotados, el rayo de la ira, que forjan el dolor y la desesperación de los últimos, á todos alcanza sin excepción. A través del negro crespón que envuelve cataclismos tan crueles, es preciso recordar á todos que «la seguridad de los que poseen depende del bienestar de los que trabajan».

(1) La crítica, nutrida del sentido histórico, orienta el juicio en infinidad de perspectivas, que no puede concebir de momento ni aun la intuición genial. Los múltiples aspectos de todo problema, las interpretaciones sutiles que sugiere el estudio detenido de las cosas, el génesis pacientemente investigado de las opiniones, en apariencia contradictorias, y, en definitiva, con un entronque común, prestan á todas las doctrinas el principio explicativo y con él su legitimidad parcial, de la cual se infiere que existe un alma de verdad aun en las hipótesis más contradictorias. Nadie, por ejemplo, crítica hoy con la *vena negativa* de fines del siglo XVIII, ni es partidario del *vollerianismo*, manía de la certeza al revés.

Ni el ciego instinto de conservación debe perturbar á los hombres de sano juicio, ni el miedo cerval á días apocalípticos conseguir que las propias convicciones dejen de serlo. Todo progreso se realiza siempre entre extremos tan inconciliables; lo calcinado de las cenizas de lo que fué y el fuego y la maldición del impaciente. Aminorar ambos desastrosos efectos, concretar el ideal para que sazone, convertirlo en viable, tener en cuenta que lo mejor en cada caso es enemigo de lo bueno, *in abstracto*, será siempre la misión modesta, apacible y honrada del que aspira á reformar y no á destruir, á que impere la justicia y no la violencia. Contra la guerra sin cuartel, puede y debe argüirse que interesa en definitiva *non multa sed multum*, no el número sino la cualidad, pues en último término un equilibrio social bien organizado no se limita á contar que *pesa* los sufragios.

La cualidad de la fuerza es la que impera y no la fuerza sin más. Para apreciar la cualidad, para que la fuerza caótica se convierta en energía específica no basta el número. Nadie desconoce que el imperio del mundo queda á toda hora vinculado en una minoría (la de la riqueza, la del valor, la del talento, etc.) Es preciso que la fuerza sirva á la justicia. No es la evolución del triunfo de los más, sino de los mejores, ni la selección social (semejante á la natural) *vix medicatrix*, que revela una lógica inmanente en las cosas, produce como consecuencia el despotismo ó la desigualdad creciente. Se cohonestaría en tal caso el predominio completo de los grandes hombres, de los que padecen el vértigo de las alturas, y aun el de muchos que, invocando el conjuro de la democracia, con jefaturas fulanistas esgrimen cetro de caña, y por el contrario se observa que hoy aparecen menos genios, pero también existen menos esclavos.

Las desigualdades que sirven de instrumento al progreso (grandes hombres, privilegios, símbolos, prestigios, etc.), son cada vez menos opresivas para la masa, cuya línea media asciende con lentitud, pero con constancia; semejan chorro de agua caliente que brota en el centro de un lago profundo; el agua hirviendo que dimana de las profundidades del suelo se eleva en un principio; pero como vuelve á caer al lago, el nivel general del líquido se iguala en toda su extensión y aumenta todo él. Así, desigualdades parciales, se completan en igualdades mayores y más comprensivas.

Pero el ascenso es lento con frecuencia y los que se estiman superiores á la línea media (críticos de lo vulgar), se sienten desequilibrados y dominados por una ironía imperceptible y por un desdén transcendental. Convertir la una y el otro á la duda especulativa y á la esperanza moral es lo fecundo, en vez de aspirar á una aristocracia intelectual, paradoja viva contra las tendencias democráticas que imperan. Disminuye el número de los equilibrados, el lastre y la rémora, con que la obra colectiva se cumple. El hombre superior (ó el que por tal se tiene), arrojado en plena corriente democrática abre un abismo entre su carácter y el medio. Campoamor, que cuando habla, gusta hacer *Doloras* en prosa, dice que odia la democracia sólo por antiestética.

Accesibles todos los puestos para todos los esfuerzos, la democracia exagera la dura ley de la concurrencia y el sufragio universal (el que se cuenta y no se pesa) prescinde con lamentable frecuencia de los mejores y eleva considerablemente á los mediocres. Para no excitar susceptibilidades entre nosotros, cite-mos como ejemplo vivo el que ofrecen los espíritus más distinguidos de la Francia contemporánea, divorciados por completo de las esferas gubernamentales, que asisten al drama de la vida nacional como espectadores nostálgicos que preven las posibilidades futuras y profetizan los efectos de lo porvenir.

¿Cómo corregir tal germen de desequilibrio? ¿Cómo resolver la antinomia entre la superioridad y la medianía? ¿De qué modo evitar que los hombres de valer en ostracismo voluntario, huyan de la democracia? La pretendida aplicación del criterio científico á la organización de las sociedades trae aparejado un sueño irrealizable, el de la aristocracia del talento, más cerrada y despótica que la de la sangre. Quizá sea solución más viable la de precipitar el movimiento ascendente de la línea media, para que no surja en ella el odio á lo que excede de su propio nivel. Ante la democracia no puede ser legítima más que una aristocracia, la de la virtud. Las desigualdades del mérito, de la capacidad y de la virtud son valedoras insuperables para todo sueño igualitario. Si son arrolladas, lo serán por la demagogia que condena á Aristides, no por la democracia que hace la apoteosis de Washington.

Sin duda los prestigios se disipan cual nube de verano; la *soberana* masa es cada día más iconoclasta y admite menos ídolos, y aunque hoy se paga tributo al talento, aún éste se cuarteja en sus cimientos, pues ya se comienza á prestar, según un recto sentido moral, más respeto al bueno que al listo, al que va tras el mérito, sin cuidarse de la recompensa y sin que el éxito (que no es siempre de los leales) decida de todo. Se aproxima la hora en que se cumpla la her-

mosa regla de conducta de Kant: «No me inspiran respeto, ni el sabio, ni el potentado; mi cabeza sólo se descubre ante un hombre honrado.»

U. GONZÁLEZ SERRANO.

MENUDENCIAS.

¡Qué gran cosa es la ley!... Gracias á ella, que ha declarado indisoluble el lazo del matrimonio, si la esposa arrastra el nombre del marido por el fango, éste borra la ofensa recibida cometiendo un vulgar asesinato, ó con paciencia y tal... el hombre se conforma y al mundo oye decir... *la de Fulano*...

¡Comprender no he logrado todavía por qué llaman ladrón al desvalido que arrebató con mano temblorosa un pedazo de pan para sus hijos, y sólo se apellida *calavera* al Tenorio gastado y repulsivo que hace con la miseria su comercio y tiene el robar honras por oficio!

Tan veloz es la marcha del progreso en nuestra culta y floreciente España, que su influjo benéfico ha logrado modificar la lengua castellana; y así lo que antes era apostasía, *evolución patriótica* se llama, y *distracción de fondos* cuando el robo se hace con previsión y en gran escala.

Cada vez que el periódico me entera del atentado vil de un anarquista, agoto el diccionario del insulto contra esa gente que su anhelo cifra en realizar proyectos criminales; mas si á pesar de la anterior noticia, encuentro una revista de salones, mi primera impresión se debilita y me ocurre pensar: «Después de todo, no hay efectos sin causas en la vida!»

ENRIQUE RUÍZ.

MADRID Y LAS PROVINCIAS.



Una oligarquía que desde Madrid dirige los 10.000 caciques de provincias, está provocando una tempestad de odios contra este foco de la inteligencia española que pudiera tener fatales consecuencias. Por todas partes van unidos los regionalistas con los carlistas; ó mejor dicho, el carlismo no existiera como fuerza sin el regionalismo. Cataluña, las Provincias Vascongadas y Galicia son los centros del regionalismo y á la vez del carlismo.

Salvo la corrupción administrativa no representa Madrid como París en Francia el veneno que corrompe las letras y la vida de familia de la nación, porque las letras madrileñas son morigeradas comparadas con las francesas, y están en este concepto al nivel de las de Alemania é Inglaterra y los pequeños sátrapas y bajás de las aldeas se atreven á mayores corruptelas que los sultanes de Madrid refrenados por la prensa de la capital. La maldición del poeta socialista Jules Valles contra París no puede con justicia aplicarse á Madrid: «¡Cómo!, entre tantas villas espléndidas, productivas y llenas de talentos de toda clase, no hay más que una ciudad como París. ¿Un hombre superior y dotado por la naturaleza para las artes, las letras, las ciencias y la dirección de los hombres, sería, pues, condenado á obscuridad irremediable si no se resuelve á abandonar su ciudad natal para ir á arruinar el espíritu y el cuerpo antes en la ciudad furiosa? ¿Qué, quedará la provincia eternamente la proveedora de carne humana de París?»

París, la creación de los reyes de Francia y de la Revolución, es el pólipo que chupa la sangre, el oro y el cerebro de la nación para envenenarlo todo. España está en camino de llegar al borde del mismo abismo si no se detiene á tiempo vigorizando la vida autonómica de las provincias imitando á Italia, y, sobre todo, á Alemania en cuanto á la descentralización, no sólo política y administrativa, sino también

intelectual y artística. Al lado de Roma y Berlín brillan con propia luz en letras, artes y bajo todos los conceptos en Italia; Nápoles, Milán, Venecia y Florencia sin contar los focos menores como Génova, Liorna y otros; y en Alemania, Munich, Hamburgo, Leipzig, Francfort, Colonia, que cada una supera á Berlín bajo algún punto de vista como Munich en la pintura, Francfort en la alta banca, Colonia en la industria, Hamburgo en el comercio y Leipzig en la librería.

No se trata de quitar á Madrid su preeminencia, su papel de Roma española, sino únicamente de fortalecer aquellos centros provinciales de vida propia que puedan representar en España el contrapeso á la absorción madrileña como las ciudades citadas lo forman en Alemania é Italia para que no se reduzca todo á ser eco y esclavo de un París por cuyas aberraciones ó locuras tenga que sufrir la nación entera.

En efecto; tiene España capitales de provincia admirablemente dotadas para que brillen con luz propia, supliendo y rectificando las corrientes intelectuales en política, artes, letras, etc., de Madrid. Barcelona, Sevilla, Valencia, son grandes capitales como en Italia Milán y Nápoles, y tras ellas vienen Valladolid, Málaga, Zaragoza y Cádiz, con su fisonomía muy propia, quedando como astros de tercera magnitud Granada, Huelva, Cartagena, Almería, Tarragona, Alicante, Bilbao, Santander, Pontevedra, Badajoz, Coruña y Gerona.

¿Qué razones hay de que á casi todos aquellos centros provinciales y regionales falta vida propia intelectual y que apenas se oiga su voz muy raras veces, cuando protestan contra alguna iniquidad administrativa? Los ferrocarriles han acercado de tal manera las provincias á Madrid que las capitales del centro de España, más bien parecen barrios madrileños que cabezas de provincia, y sería inútil querer oponernos en nombre del regionalismo á esta eliminación de astros, porque esta luz artificial no brilla ni calienta. Que las capitales inspiradas por nobles ambiciones regionales, manifiesten por actos de independencia y virilidad que tienen derecho á que se les reconozca como centros directores de la nación. Barcelona ha sabido impulsar por la sociedad del Fomento de las Artes y las Industrias la política comercial del país, y su Ateneo es en algunos conceptos un rival digno del Ateneo de Madrid. Valencia y Sevilla, tienen sus escuelas de pintura independientes.

Triste, tristísima es la vida de las provincias en cuanto al movimiento intelectual relacionado con el fomento económico del país y especialmente de la agricultura y sus industrias similares, á pesar de la inmensa importancia que este problema debiera tener en un país tan eminentemente agrícola como lo es España. Véase lo que sucede en Francia. En 1872 resucita en Versalles el *Instituto Agrícola* dirigido por Risles y Muntz. Cerca de allí está la granja modelo Prignon, fundada por un agrónomo particular, Augusto Bella. Cerca de 200 jóvenes frecuentan el Instituto. La Universidad católica de Lille ha organizado también cursos de agronomía para dominar el campo. El conde de Calonne cree en su curioso estudio sobre la enseñanza agrícola en la *Revue des Deux Mondes* que cinco centros como el de Lille repartidos en las regiones de Francia, resolverían el problema dotando al país de inteligentes labradores. En España serían suficientes tres, en Valladolid, Valencia y Sevilla ó Málaga ó Cádiz, si cada centro brillara en la especialidad del cultivo que priva en la comarca respectiva. Sin embargo, sobre 7.728 estudiantes de medicina en Francia sólo vienen 595 agrónomos repartidos entre los seis institutos regionales, Prignon, Grand-Jouan, Montpellier, Versalles (horticultura), Mansirolle (industria de leche) y Donai (industrias de agricultura). Los estudiantes pagan por la pensión sólo de 1.000 francos á 1.200 francos al año. Añádase á estos institutos oficiales el católico libre de Beauvais, dirigido por religiosos de la doctrina cristiana frecuentado por nuestra gacemofía aristocracia que huye el contagio de Voltaire, de la Francia oficial republicana. Este movimiento resume el libro *Volver al campo*, de P. J. Burnichon, que acaba de publicarse en París.

Volver al campo, prestar preferente interés á los problemas agrícolas, debiera ser también la consigna de los políticos españoles y en primer lugar de los republicanos socialistas. En la mayor parte de España se concentra la población rural en grandes aldeas donde la propaganda es fácil y donde ya existen fuertes núcleos democráticos dispuestos á secundar una acción sistemática cuyos fines principales deben ser: fortalecer la aspiración regional y trabajar en la gran reforma agraria colectivista, de la cual he hablado en números anteriores. Las descabelladas medidas financieras de la Monarquía, que va empeñando y vendiendo hasta el aire que respirarán las generaciones futuras, presta buena ocasión para que la agitación democrática penetre entre los labradores. La venta de los montes pertenecientes al Estado, á las diputaciones y los municipios, es un acto vandálico, de desesperación de un gobierno agobiado hasta lo último.

Los gallegos han protestado contra tal salvajismo diciendo: «En esta nuestra tierra son los montes públicos tan esenciales á la agricultura y tan inseparables á la tierra de labor y al mismo lugar de la pequeña población agrupada que, sin duda alguna, á su abrigo y amparo se ha ido formando, que no dudamos en afirmarlo, sin temor de pecar de exagerados ante los que conozcan y ahondan estas cuestiones, que sin el disfrute gratuito y comunal en la forma que hoy se le permite, no se concibe ni podría existir el labrador, el pequeño propietario (aquí casi lo son todos) de las cuatro quintas partes de Galicia. Son estos montes completamente despoblados de arbolado utilizable y en su mayoría escarpados, pero ricos, no obstante, en tojo, malezas, hierbas y otras naturales y espontáneas producciones que se utilizan constantemente por nuestros labradores para combustible y muy principal é indispensablemente para fabricar el único abono de sus tierras de labor, y para el pastoreo de sus ganados que suelen hacer en común».

Si en lugar de cuatro provincias existiera una Región Gallega, no cabe duda que su influencia colectiva lograría detener la loca política del Gobierno. ¿Por qué no aprovechan los regionalistas de Galicia esta ocasión para organizar la región como organismo independiente de todo espíritu de partido? Que los federales den la mano á los republicanos regionalistas de las antiguas agrupaciones centralista y orgánica y que juntos recaben la cooperación de regionalistas católicos y hasta carlistas, como por ejemplo, del catedrático de Santiago Alfredo Brañas autor de la interesante obra: *La crisis económica en la época presente y la descentralización regional*. Tal vez en la labor cariñosa por la «pequeña patria» se suavizarán las asperezas que aún nos han quedado de las luchas políticas del pasado.

¡Lástima que regionalistas como Brañas perjudiquen á sus ideales llevándolos hasta el absurdo! Así pide el citado autor que la legislación general tenga sólo carácter *supletorio* cuando la muy federal Alemania posee su *Código general*, orgullo de todo alemán, y la misma federal Suiza lucha por conseguir este mismo beneficio. Hasta raya en lo cómico el párrafo siguiente del citado libro: «Cada región puede tener *Institutos armados propios*»; y «la acuñación de la moneda ser regional.» Después de estos extravíos dice Brañas: «Que el *regionalismo* triunfe por la evolución. El regionalismo no pertenece á ningún partido político, ni acepta una forma determinada de gobierno. En España es á la vez *monárquico* y *poliárquico*: igual le da que sea la dinastía reinante ú otra española la que acepte sus conclusiones, ó que lo sea una *república* ó una monarquía *electiva*. El *regionalismo* no toca á la *forma* sino al *fondo* de la gobernación de los Estados.»

El catedrático gallego resume sus aspiraciones en la tesis: «Queremos el individuo libre en la familia libre; la familia libre en el municipio libre; el municipio libre en la *región* ó provincia libre; la *región* libre en el *Estado* libre; y *Estado* libre en la libre y universal sociedad de las gentes, ó sea, en el *Estado internacional libre*.»

ERNESTO BARK.

SILOGISMO.

Inclinada la cabeza
al peso de honda tristeza,
de un día al amanecer,
ante su sepulcro abierto
más pálido está que un muerto
el sombrío Robespierre.
Como una sombra viviente,
hunde su amarilla frente
en negra meditación;
cuando en su humilde aposento,
rudo, terrible y sangriento
entra el verdugo Nerón.
Se miran: ruda pelea
riñen el Hecho y la Idea,
mezcla atroz de bien y mal:
ruge ronco el león herido
y le contesta el ladrido
del carnívoro chacal.

—¡Hoy mueres, sér implacable!
—¿Quién eres tú, miserable?
—Un engendro del Terror.
—¿Tú mi idea?... ¡A Dios le plugo!
¡Abrázame, buen verdugo!
—¡Eso no, mal dictador!
—Oye una historia enterrada
aquí, en mi alma condenada.—
Dice el sangriento titán:
—Vi á la reina prisionera...

¡y la amé, como una fiera
inspirada por Satán!
¡Cuántas noches he corrido,
de matar enloquecido,
á su imponente prisión!
¡Y allí... lloraba... sentía
que me arañaba y mordía
algo horrible el corazón!...
¡Qué tarde!... El pueblo curioso,
ronco, sublime, espantoso,
proclamaba su impiedad;
como tremendo gigante
ayer esclavo, hoy triunfante
de la regia majestad.
Hosca, altiva, desgredada,
sube una mujer la grada...
—¡Ella!... ¡Mi vida!—rugí:
¡La abracé!... ¡Tembló violento
el mundo... y el firmamento
se desplomó sobre mí!...
—¡Muere, ramera!—mugía
la imponente gritería
del pueblo.—¡Mientes!...—grité.
¡No sé si fui yo ó mi brazo!...
¡Se oyó un repugnante hachazo!...
¡Yo, tigre, yo la maté!...

—¡Fui la razón!...

—¡Soy la fuerza

que has hecho; justo es que ejerza!
¡El Hecho libre es Nerón!

—¡Libertad!...

—¡Odio que estalla!

—¡Y eso es libertad, canalla!

—¡Y esto, cínico, razón!

—¡Venga la muerte!

—¡Camina!

¡Ah, mi vieja guillotina,
quien tu alma pudiera ser!...

—¡No grites, mancha infamante!

¿Qué importa un muerto?

—¡Adelante!

¿Ves... tu grito, Robespierre?

Lívido, con arrogancia,
gritó al populacho:

—¡Francia...

tu libertad es Nerón!—
Rodó una genial cabeza
y el verdugo con fiereza
dijo:

—¡Y esta... tu razón!—

Después, con veloz carrera
lo arrastró, como la fiera
su presa arrastra cruel.
Llegó al hoyo de los muertos
y entre cadáveres yertos
rodó abrazado con él.

¡Horrible y fatal cadena!
Aquel abrazo de hiena
que dió á Robespierre Nerón,
en el seno de la Historia,
engendró, con fango y gloria,
al audaz Napoleón.

ADOLFO LUNA.

LOS DEPENDIENTES DE COMERCIO.

SON muchas las adhesiones que estamos recibiendo de esta sufrida clase con el fin de constituir una Asociación cuyos miembros puedan levantar la voz en defensa de sus derechos y de sus intereses.

La idea expuesta en varios números de GERMINAL va tomando cuerpo.

Laudable es el propósito, si con él podemos llevar los fines sociales y humanitarios que nos hemos propuesto.

Hasta ahora nos ha preocupado más la constitución política de los pueblos, que la organización económica de las sociedades.

Creemos que la cuestión política no ha de resolverse sin ayuda de la cuestión social y, firmes en esta idea, venimos proponiendo constantemente remedios



M. GOODMAN.—LA SIESTA.

á nuestros males por medio de esta eficazísima propaganda.

¿De qué sirven los derechos políticos cuando el obrero tiene pendiente sobre su cabeza la amenaza del patrono? ¿Para qué sirve la ley cuando un jefe trata de imponerse á un subalterno bajo pena de cesantía? ¿Qué uso puede hacer de su libertad el dependiente de comercio que está quince horas diarias enterrado en un sótano, amarrado á un mostrador, ó haciendo en una trastienda la vida del presidiario y vigilado continuamente por su principal? ¿Qué independencia pueden tener hombres que viven en tales condiciones?

No desmayemos. La lucha que venimos sosteniendo es fácil, hacedera, practicable, cuyo triunfo no puede hacerse esperar. Bastan unos cuantos hombres de corazón para vencer: es la lucha contra la adversidad y la adversidad no es enemigo que pueda domeñarnos. La otra, la lucha temible, cruel, implacable, sanguinaria es la lucha contra la impotencia y la impotencia es un enemigo irreconciliable que no da ni pide cuartel. Luchar contra la impotencia nos desconcertaría. La lucha contra la adversidad ha de contribuir á nuestro fortalecimiento, que una lucha sin obstáculos no es lucha.

Ahora bien; la cuestión que debatimos, ¿puede entorpecerse por la adversidad ó por la impotencia?

Como hemos realizado otros ideales, realizaremos éstos.

Reíos de los que os dicen que la cuestión social se resolverá dentro de un siglo. No escuchéis á los que, sembrando el pesimismo en los espíritus, os digan desdeñosamente que el problema social está en embrión. Prescindid de los que, estúpidos ó escépticos, consciente ó inconscientemente, tratan de matar toda idea que germina al calor de las nuevas generaciones.

Y sobre todo no digáis que en vuestra Asociación caben todos. En Asociaciones de esta índole caben todos, sí, pero son todos los trabajadores. De aquí hay que excluir á los vagos y á los poseedores del capital. Aquí no puede admitirse más que á los que trabajan, á los que buscan trabajo y la sociedad ó el Estado se lo niegan y á los desposeídos de toda fortuna.

Estos son únicamente los que, á nuestro juicio, deben constituir la futura Asociación, Asociación eminentemente trabajadora.

Recordad si no lo acaecido con otras donde los capitalistas hayan tenido intervención.

Para que los dependientes de comercio no se vean sorprendidos en sus nobles afanes y la Asociación que se proyecta no fracase en sus comienzos ó en su marcha, como han fracasado otras, sirviendo de pretexto para satirizar á sus fundadores, conviene recordar lo que ocurrió con aquella Sociedad de comisionistas y viajantes de comercio pomposamente formada en Madrid hace unos diez años para socorrer mutuamente á sus individuos en caso de enfermedad ó cesantía. Se nombró una Junta directiva compuesta de ricos propietarios y acaudalados comerciantes y se repartieron entre sí los más importantes cargos. Mandaban á la prensa listas de los fundadores y serviales de pretexto el más exiguo desembolso para echarlas en su periódico de filántropos y humanitarios. Se repartió algunos fondos á título de socorro ó limosna, como concesión graciosa que hacían á los socios cuando quedaban cesantes y se costeaba en caso de defunción los gastos de enterramiento.

De cómo respondió á sus filantrópicos deseos aquella flamante Sociedad, no hemos de recordarlo. Respondan los interesados.

Eso fué todo lo que hizo aquella importante Junta cuyos directores eran todos millonarios.

Para hacer algo práctico, algo que pueda tener resonancia y atraer la simpatía de las clases comerciales de Madrid, nos parece oportuno reproducir aquí algunos párrafos del discurso que, acerca de tan interesante problema, pronunció el ilustre republicano Sr. Pí y Margall el año 90:

«Gracias á lo muy debatida que viene ya la cuestión social y á los muchos sistemas de que ha sido origen, han venido apareciendo instituciones, por decirlo así embrionarias, cuyo desarrollo es muy posible que permita la satisfacción de las aspiraciones jornaleras. Prescindiendo, por ahora, de la legitimidad ó ilegitimidad del capital, es evidente que si se llegara á considerar como socios á todos los que en un establecimiento agrícola ó industrial contribuyen de algún modo á la producción, se daría un gran paso hacia esa organización colectiva por la que muestran hoy tanta predilección los trabajadores. Cambiaría esencialmente la condición de los jornaleros y verían recom-

pensados sus servicios en justa proporción á los esfuerzos que cada uno hiciera por la producción de los artículos de su industria.

»Cada taller, cada establecimiento industrial ó agrícola, constituiría una asociación en que tanto el capital como el trabajo gozarían proporcionalmente de los beneficios que se obtuvieran.»

Seamos prácticos. Por ahí debemos empezar, si no hemos de perder el tiempo en cuestiones baladíes que á nada provechoso puedan conducirnos.

Lejos de nosotros fundar una Asociación como las antiguas y como la que acabamos de referir, cuyo tiempo se emplee en deliberaciones estériles, que causen el aburrimiento de sus socios y llegue á su término, sin haber hecho nada por las clases desheredadas.

Queremos que en toda clase de establecimientos, en los mercantiles, en los comerciales, en los industriales, en los agrícolas, en las fábricas, en los talleres, en todas partes, se repartan las ganancias equitativamente y según el esfuerzo ó el valor del trabajo del individuo. Queremos que el dependiente, el subalterno, el colono, pasen de la categoría de tal á la de socio.

Con esto disminuirá la mendicidad, llaga de todas las sociedades, se dignificará el hombre y se tomará mayor interés en la producción, por afectarle entonces á sus propios intereses.

Nada perderá con esto el capital y la equidad que con tanto afán se busca; llegará por este medio á ser pronto un hecho.

Excitamos á los dependientes de comercio para que no abandonen tan plausible idea. Puede ser quizá la base de sus reivindicaciones.

De esperar es también, que siguiendo el ejemplo de la industriosa Cataluña, llegaran todos los obreros, ó mejor, todos los asalariados, á formar asociaciones con independencia de los patronos, teniendo esto la doble ventaja de educar á los miembros de dichas asociaciones en los trabajos administrativos tan necesarios para las colectividades y de preparar la verdadera emancipación del proletariado, mientras subsista un régimen de explotación y de injusticia.

FRANCISCO MACEÍN.

LA MISERIA.

FRAGMENTOS.

Y Pedro, de pie é inmóvil ante el horizonte sublime, recordó aquel año terrible pasado en el fondo de su casita de Neuilly, con las puertas y ventanas cerradas, sepultado allí como un animal herido que agoniza. ¡Volvió de Lourdes con la muerte en el alma, sangrándole el corazón, no quedando en su sér más que cenizas! El silencio y la noche se habían extendido sobre las ruinas de su amor y de su fe: días enteros pasaron sin que sintiera latir sus venas, sin que una chispa de luz alumbrara las tinieblas de su abandono. Vivía maquinalmente esperando recobrar el ánimo que le ayudara á vivir en nombre de la razón soberana, por la cual todo lo había sacrificado. ¿Porqué no era más fuerte, más resistente; porqué no conformaba su vida tranquilamente con las nuevas certidumbres de su espíritu; porqué no quería colgar los hábitos, fiel á un amor único y por repugnancia del perjurio; porqué no se entregaba al estudio de alguna ciencia permitida á un sacerdote, la Astronomía ó la Arqueología? Pero alguien lloraba dentro de él, su madre sin duda, una inmensa ternura desolada que nada había satisfecho todavía, en la desesperación inacabable de no poder encontrar su contento. Era el continuo sufrimiento de su soledad, la llaga siempre abierta, en la elevada dignidad de su razón reconquistada.

La miseria, la infame y abominable miseria, Pedro la conoció entonces, vivió con ella durante dos años. Primero fueron las criaturas que recogía en el arroyo, que la caridad de los vecinos le llevaban: muchachos, chiquillas, criaturitas abandonadas mientras que los padres y las madres trabajaban, bebían ó se morían. Con frecuencia el padre había desaparecido, la madre se prostituía; la borrachera y la crápula habían entrado con el paro del trabajo en el hogar, y era la nidada arrojada al arroyo, los más pequeños reventando de hambre y de frío en la calle, los otros alzando su vuelo hacia el vicio y el crimen.

Y más tarde tuvo que penetrar desde la calle en los tabucos, introduciéndose más cada día en aquel infierno, acabando por conocer todo su espantoso horror, sangrándole el corazón, como aplastado por una terrible angustia y una caridad vana.

¡Ah! La doliente ciudad de la miseria, el abismo sin fondo de la caída y del sufrimiento humanos!... Pedro descubrió casas sórdidas, callejuelas enteras de covachas sin luz, sin aire, húmedas como sótanos, en que se amontonaba, en que agonizaba envenenada toda una población de miserables. A lo largo de la escalera que se balanceaba, los pies se escurrían sobre las basuras amontonadas; en cada piso, la misma desnudez se ofrecía, llegando á la suciedad, á la promiscuidad más baja; faltaban los cristales, el viento soplabá furiosamente, la lluvia entraba á torrentes; muchos dormían en el suelo sin desnudarse jamás; ni muebles, ni ropa blanca, una vida de bestia que se satisface y desahoga como puede, al azar del instinto y del encuentro. Allí dentro, amontonados, todos los sexos, todas las edades, la humanidad vuelta á la animalidad por la desposesión de lo indispensable, por tal indigencia que se disputaban á mordiscos las migajas barridas de las mesas de los ricos. Y lo peor era aquella degradación de la criatura humana, no ya el libre salvaje que iba desnudo y comía su presa en los bosques primitivos, sino el hombre civilizado, rebajado hasta el bruto, con todas las ignominias de su degradación, manchado, afeado, debilitado, en medio del lujo y los refinamientos de una ciudad reina del mundo.

Pero, una noche de invierno, sintió Pedro sobre todo desbordar su piedad: en invierno son atroces los sufrimientos de los miserables, en los tabucos sin lumbré en que la nieve entra por las rendijas. Con el Sena helado, el suelo cubierto de escarcha, muchas industrias se paran por fuerza; por los barrios de los traperos, obligados al reposo, bandadas de chicuelos andan con los pies descalzos, medio desnudos, hambrientos y tosiendo, tronchados por bruscas ráfagas de tisis. Encontró familias, mujeres con cinco y seis chiquillos acurrucados los unos sobre los otros para entrar en calor, y que no habían comido desde hacía tres días. ¡Y aquella noche terrible en que penetró, el primero, en el fondo de un patio sombrío, en aquel cuarto espantoso en que una madre acababa de suicidarse con sus cinco pequeñuelos, por desesperación y por hambre, un drama de la miseria que, durante algunas horas, hizo pasar sobre París entero un estremecimiento de horror! Ni un mueble ni un mal trapo, todo lo habían tenido que vender al prestamista de al lado ¡nada más que el hornillo de carbón todavía humeantel Sobre una estera de paja deshinchada, había caído la madre dando de mamar al más pequeño, un niño de tres meses, y una gota de sangre pendía como una perla, en el pezón del seno hacia el cual se ten-

dían los labios ávidos de la criaturita muerta! Las dos chiquillas, de 3 y 5 años, dos rubillas muy monas, también dormían allí juntas el eterno sueño; mientras que los dos varones, de más edad, el uno se había anonadado, la cabeza entre las manos, acurrucado junto á la pared, y el otro había agonizado en el suelo, defendiéndose, como si se hubiera arrastrado á gatas para abrir la ventana! Los vecinos que habían corrido allí, contaban la trivial, la horrorosa historia: una ruina lenta, el padre sin trabajo, cayendo quizás en la bebida, el casero cansado de esperar, amenazando con el desahucio y la madre perdiendo la cabeza, queriendo morir, resolviendo á sus hijuelos á morir con ella, mientras que su hombre, desde por la mañana corría en vano por las calles. El miserable llegó á tiempo que el delegado empezaba las investigaciones judiciales; y cuando hubo visto, cuando hubo comprendido, se desplomó como un buey aplastado por la maza y se puso á gemir con una queja continua, tal grito de muerte que la calle entera, horrorizada, lloraba!

Aquel grito horrible de raza condenada que se extingue en el abandono y en el hambre, Pedro continuó oyéndolo en el fondo de su corazón y de su cráneo y aquella noche no pudo comer ni dormir. ¿Era posible aquella abominación, una desnudez tan completa, la miseria negra conduciendo á la muerte, en medio de aquel gran París, reventando de riquezas, ebrio de goces, tirando para el placer, los millones por las ventanas? Cómo ¡á un lado fortunas tan inmensas, tantos inútiles caprichos satisfechos, vidas colmadas por todas las felicidades, y al otro una pobreza encarnizada, ni siquiera pan, ni una sola esperanza, las madres que se mataban con sus niños de pecho á los que no podían dar más que la sangre de sus mamas agotadas! Y una rebeldía le sublevó: tuvo por un instante conciencia de la inutilidad irrisoria de la caridad: ¿de qué servía hacer lo que él hacía; recoger los niños abandonados, llevar socorros á los padres, prolongar los sufrimientos de los viejos? El edificio social estaba podrido en la base: todo iba á derrumbarse en el lodo y en la sangre: un gran acto de justicia podía sólo barrer el viejo mundo para reconstruir el nuevo. Y en aquel momento, sintió tan claramente la brecha irreparable, el mal sin remedio, el chancro de la miseria tan seguramente mortal, que comprendió á los violentos, dispuesto él mismo á aceptar el huracán devastador y purificador, la tierra regenerada por el hierro y por el fuego, como en otros tiempos, cuando el Dios terrible lanzaba el incendio para sanear las ciudades malditas!

EMILIO ZOLA.

EL PANAMÁ «ANÁRQUICO»-JESUÍTA.



NUESTROS correligionarios de Barcelona, cumplen un sagrado deber persiguiendo á los autores secretos de la conspiración jesuita que, promete revelar escándalos más repugnantes que los del célebre proceso del Panamá en Francia.

Es evidente que los jesuitas se han valido del espectro rojo «anarquista», para arrojar al imbécil general Azcárraga en brazos de la reacción que hubiera acabado con la proclamación de D. Carlos. Desde el extranjero le han avisado á la reina el peligro que corría su trono, y de ahí la inesperada vuelta de los liberales.

Azcárraga, aconsejado por su confesor, es demasiado romo de inteligencia para penetrar estas artes maquiavélicas; tal vez á espaldas suyas había gente intencionada que dirigían la trama; gente interesada en perpetrar otra ilegalidad, fusilando precipitadamente al joven Sempau, para provocar más odios y venganzas. De todos modos, deben los republicanos de Barcelona exigir que se presente ante los tribunales el telegrama despachado desde Madrid, en que se ordenaba el inmediato fusilamiento del desgraciado joven.

Sin entrar en más detalles por ahora, felicitamos á los iniciadores del movimiento que, bien dirigido, podrá resultar un Panamá que revela la más espantosa infamia que registra este siglo. Se comprenderá la misión reservada del padre Coloma y se comprenderá el por qué pedía el Gobierno italiano la extradición de un «anarquista»-dinamitero que después resultó *profeso* del convento de dominicos de Ocaña, donde afluyen los tesoros de los frailes de las islas Filipinas.

Los acuerdos tomados por los republicanos de Barcelona, son los siguientes:

Primero. Presentarse una Comisión de los republicanos de Barcelona al gobernador civil de la provincia, Sr. Larroca, el día mismo de su llegada á esta capital, y pedirle permiso para la celebración de un *meeting*, en el cual se reclame el levantamiento de la suspensión de las garantías constitucionales.

Segundo. Reclamar del Gobierno que abra una información imparcial, justa y detallada, por medio

de la cual se averigüe y se depuren las consecuencias de la suspensión de las garantías constitucionales, en cuanto se refiere á los procesos incoados con motivo del atentado de la calle de Cambios Nuevos, pues de resultar cierto cuanto ha referido la prensa extranjera, resultaría una vergüenza nacional.

Tercero. Que se haga extensiva dicha información á las prisiones arbitrarias de carácter político, decretadas en Agosto de 1896, y á las detenciones preventivas, sin sujeción á procedimientos de ninguna clase, de ciudadanos que permanecen todavía en las cárceles.

También se hará extensiva la susodicha información á la suspensión de periódicos y á la suspensión y clausura de los centros políticos.

Cuarto. Formular la más solemne protesta contra las últimas elecciones municipales realizadas en plena suspensión de las garantías constitucionales, contra todo precepto legal en materia tan importante para todos los ciudadanos, ya que al amparo de dicha suspensión se han cometido toda suerte de amaños, ilegalidades y arbitrariedades.

La Comisión la componen: por los federales, don Francisco Bau y D. José Purtella; por la fusión republicana, los Sres. Sol y Ortega y Avila, y en representación de la prensa, D. Eusebio Corominas.

Ahora hace falta que ninguna «influencia» se entremeta en el asunto y que se vaya hasta las últimas consecuencias. La opinión debe saber por qué han sido secuestrados los números de GERMINAL, que es una de las publicaciones perjudicadas, acallando la voz que puede revelar crímenes horrendos.

En un artículo aparte publicamos una protesta de las víctimas inocentes de este abominable Panamá jesuita. ¿Cuándo comprenderá el Sr. Sagasta, que lo único digno y propio de un gobierno serio y fuerte, es dar una amplia amnistía que ponga en libertad á los presos en Montjuich y deje volver á su patria á los extrañados en el extranjero?

Si la republicana Francia supo cubrir el río de sangre de las víctimas de la *Commune* de 1871, donde el miserable Thiers y Gallifet fusilaban 30.000 socialistas, y si el czar Alejandro III dió la amnistía á los llamados nihilistas que acababan de dar la muerte á su padre, Alejandro II, ¿cómo no pueden conceder la amnistía los liberales, para cubrir con el manto del olvido los errores y tal vez crímenes de sus antecesores?

A. DE SANTA CLARA.

CRÓNICAS TEATRALES.

MAGDA (EL HOGAR.)



EXTRAÑEZA y curiosidad produce la obra famosa de Sudermann. En lugar de un drama con protagonista ostensible, asunto claro y lección moral evidente, que es á lo que estamos acostumbrados, se encuentra el público una sucesión de escenas y de actos en que con el desorden mismo de la vida, y hasta con la indiferencia de los acontecimientos reales que la fatalidad provoca, se desarrollan sucesos interesantísimos. Cuando el telón cae, el espectador está desorientado. Ni sabe qué significa todo ello ni qué valor moral tiene. Le queda sólo un convencimiento: el de que el hogar, tan sólidamente, al parecer, formado de leyes divinas, cariños humanos y apoyos sociales, no siempre está de acuerdo con la naturaleza; es decir, con Magda, con la mujer cuyos únicos defectos son tener corazón y amor á la vida.

Ese es, á juicio mío, el mérito imponderable del drama. Esa es su tesis, más de pensador impasible que francamente revolucionaria, y tan hábilmente escondida, además, en la trama artística de la obra, que siendo su alma entera, se revela nada más por ironías profundas y por la impresión final maravillosamente calculada.

Sudermann, artista pensador, pero artista, en primer término, ha infundido su pensamiento á su sentimiento, y todo lo confía á la emoción estética. Con ella, su espíritu ampliamente negativo, semejante al de Prudhon, se limita á dar relieve al defecto, á señalar la contradicción; y deja luego que este convencimiento en el corazón del público provoque á cada cual sus reflexiones. De ahí la vaguedad intencionada que constituye el gran arte de *Magda*, y de ahí también el que la crítica, desorientada asimismo, tan caprichosamente se haya dividido al juzgarlo; pues mientras lo señalan unos como drama ibseniano, de batalla, campeón resuelto de una idea, otros lo consideran obra de puro entretenimiento.

«Magda—dice Julio Lemaitre en nombre de los primeros,—representa la protesta del derecho individual contra la ley escrita, contra las trabas que la comunidad impone; la protesta contra la hipocresía burguesa, contra la tradición, contra el prejuicio, y

singularmente contra el despotismo paterno. Y con pruebas bien ostensibles se ve que Sudermann se pone de parte de Magda, ó cuando menos que quiere ponerse.»

No hay tal, repito. Sudermann es el autor imperturbable que se cñe á presentar dos tendencias opuestas y la catástrofe consiguiente; mas no defiende nada. Y tan es esto verdad, que el propio Lemaître, despistado por la imparcialidad absoluta con que el dramaturgo alemán respeta la realidad de sus escenas, dice:

«Pero nos traza un cuadro tan encantador de una familia sometida á la regla más estrecha, que se expone á hacernos amable y venerable aquello mismo contra lo cual se revela su heroína.»

Visto el drama con la preocupación de una lucha de escuela entre el individualismo y el absolutismo, lucha en que Sudermann habría de haberse colocado de parte del primero, como cree Lemaître, todo en él resulta dislocado y falso, y hasta contrario al supuesto propósito del autor. Falso el tipo de Magda, pues ni es propio para simbolizar el esfuerzo individual quien antes que una personalidad, como ella *vanidosamente* cree y marca el crítico francés, «se ha hecho una posición» tan sólo, ni heroína aceptable del individualismo fuera quien apenas iniciada la batalla se deja vencer, como Magda, por media docena de consejos, acabando por ser «la defensora del orden contra su padre, invertidos los caracteres.» Falso el coronel Schwartz, que por voluntad propia habría lanzado á Magda por simple falta de respeto, y á los 12 años obstínase por voluntad propia también en retenerla, cuando de suponer es que vuelva más esquiva y no muy honrada con su vida de independencia. Y contrario, ridículamente contrario al empeño original del drama, ese vencimiento de Magda por el pastor Hefferdingh, tan señalado, que Lemaître declara que, en última consecuencia, tiene la obra de Sudermann «todo el aire de un panegírico de la abnegación y sabiduría del religioso.»

Tanto, pues, si nos empeñamos en conceder equivocados simbolismos á los personajes, como si, pasando al otro extremo, quisiéramos desligarlos de toda influencia social que perturbara en ellos su propia naturaleza, resultaría el drama, no ya malo, sino detestable, sin sentido común siquiera. ¿Y es posible que obra de tales cualidades hubiese recorrido las naciones en alas de la fama, esclavizando la atención del público?

No. *El Hogar* es obra de tesis, y esencialmente obra de tesis; pero sin síntesis. Y desde luego, el individualismo, propiamente hablando, no tiene nada que ver con el drama. El símbolo casi único de él, casi el protagonista, además, es el pastor protestante, que con las humildes apariencias de sacerdote representa muy bien la fatalidad sobre aquella familia: lo cual constituyen la ironía más valiente de Sudermann. El coronel Schwartz no es, sin distingos, un padre, ni un hombre de honor, sino un hombre de orden ante todo, que con su tradición de severísimo militar, su hábito de obediencia á los superiores, y su costumbre de mando sobre los inferiores, ha infiltrado de artificialismo su naturaleza humana, y está en la clave de aquella casa, teniendo por encima los prestigios y los errores de las reglas, de que es instrumento ciego, y, por debajo la familia, de que es tirano, sin darse cuenta, en nombre de aquellos. Únasele todavía un poco de corazón, muy poco, pues para que no lo haya en ese hogar, se sustituye la madre con la madrastra, y se tendrá el hogar de la tradición, el hogar del derecho, autoritario y sin amor, bajo el aplastante peso del régimen social. Pues bien, en él, Magda, es sencillamente la mujer, la naturaleza.

Su incompatibilidad con todo aquello muestra la contradicción. La ruina total que su presencia en el hogar produce, aplastándola de paso, prueba la poca solidez y la falsedad de esa abrumadora cosa, así concebida, que se llama la casa paterna.

* * *

El pastor Hefferdingh, había querido casarse con Magda, que no le amaba y se negó, escuchando más la voz de su naturaleza que el mandato de su padre. Éste, subyugado por la autoridad divina que inviste al pastor, dice á la hija: «Obedece ó vete». Y la deja marchar como le habría quitado Abraham á su hijo la vida. Porque, eso sí, Hefferdingh nada hace para evitarlo, contenido tal vez por su respeto á la potestad del jefe de la casa. Hefferdingh, ha dejado sentir, por lo tanto, su influencia de sacerdote en tan absurda decisión, no como representante de la justicia y de la bondad del cielo, sino como prestigio de la religión inconscientemente cegador, como fuerza irreflexiva y poderosa, como fatalidad, en una palabra. Y esta fatalidad, que informa el drama y lo engendra escénicamente, no vuelve á desmentirse en todo él, que la recibe además de otras leyes y pragmáticas sociales y la esconde palpitante siempre bajo la admirable flexibilidad humana de los caracteres.

El sacerdote es la conciencia del árbitro del hogar



GARCÍA RAMOS. — EL ROSARIO DE LA AURORA.

(conciencia torpe, no malvada, según acaba de verse). Desde que con Magda se ha marcha lo la independencia incontestable de la naturaleza, domina á la familia. El cuadro de ella que se traza en el primer acto es de una justeza sorprendente y de una habilidad pasmosa. Por encima de aquella tranquilidad patriarcal, que atrae y seduce, siéntese, no obstante, algo sombrío, así como las alas extendidas de un gran murciélago; aquellos muebles antiguos en orden, aquellas paredes sin polvo, aquel regular movimiento de todos y de todo, de las visitas y de los criados, de la cuñada y de la esposa, de la hija humilde y de su novio, de los amores y de las distracciones y las alabanzas y las murmuraciones reglamentados, transciende á cuartel, á monasterio, á celda, á cualquier cosa cuajada y fría, menos á verdadero hogar; y hasta las sentidas protestas de ternura y de cariño hieren con un no sé qué de gritos de corazones atenazados. La sociedad asoma un poco en las relaciones. El todo el mundo de los maníacos. Los insignificantes y los hábiles. El barón Keller es el *esprit nouveau*, la ambición hipócrita adepta de *las formas*; es el explotador de la buena fe, de la indiferencia y de los errores, que serpea entre ellos tomando de cada cosa lo que le conviene como el hilo de un zurcido. Han pasado doce años. El nombre de Magda no ha vuelto á pronunciarse en la casa. María, la otra hija, va á casarse con un pundonoroso oficial. «Si usted viera esto — dice el padre al barón de Keller, — cuando la luz de la tarde lo ilumina, comprendería que aquí se oculta la felicidad... ó cuando menos que debiera ocultarse.»

En mitad de tanta sistematizada paz, cae de pronto una noticia: la famosa cantante que ha venido á las fiestas de la capital, es Magda. Su celebridad arranca en todos cariñoso entusiasmo. Sólo el padre, el coronel Swartz, dice imperiosamente: «Magda no es mi hija». Es el carácter. Dió una orden y debe cumplirse para siempre. Magda es... el recluta despedido que volviera

caudillo, triunfante y avasallador. Pide llorando la gentil María que se reciba á su hermana. «¡Magda no es mi hija!» repite el coronel; y cuando afirma que hubiera preferido verla volver perdida y miserable, *porque así no estuviera por encima de su perdón*, el pastor, que está detrás, mudo y negro como el destino, abate aquel orgullo con una sola frase: «Magda es la hija de su padre». Y porque lo quiere una autoridad suprema, que al anular la del tirano con una visión momentánea del deber reforzada quizás de egoísmo, libra de trabas al paternal cariño, entra Magda y se abrazan.

¿Es una artista? ¿Se ha hecho una personalidad, ó más modestamente, como dice Lemaître, una posición? Sin duda lo segundo. Pero esto es completamente accidental. Quien vuelve no es la artista, sino la pobre mujer que ha buscado un poco de pan y un poco de amor entre los extraños, y que aún en medio de su fortuna, ha sentido la nostalgia de la familia y ha querido contemplar furtivamente la casa de su padre. Es el amor, es la naturaleza quien llega. Pero la naturaleza que ama la libertad y la vida, y que vuelve á sublevarse en la estrechez de aquella cárcel. Cantante de ópera ó modestísima artesana, la vuelta de Magda hubiera sido igual; y si optó Sudermann por lo primero, no fué, sin duda, más que por la estética y el mecanismo de su obra. En nada esencial del drama influye su condición de cantante; pero siendo la profesión muy propia por su índole para desenvolver y acentuar todas las aspiraciones de independencia y sentimiento, tino fué el preferirla para encajar la amplitud del tipo.

Precisamente en ese acierto sutil de Sudermann está el equívoco. Lo que él no ha querido que sea, y en realidad no es, sino aparatosidad de diva con fortuna, cuya despreocupación frívola y cuyos desplantes vanidosos caracterizan á la mujer de teatro á la vez que sirven al autor para ridiculizar con más holgura la solapada envidia y el orgullo imbecil de las mogigatas

burguesas que pone para contraste junto á Magda, se confunde con la majestad excelsa de un talento y de una fe; y á causa de eso, y de ciertas perspectivas en el modo de presentarlo á fin de realzar su contradicción con cuanto le rodea, el personaje, frente á frente del coronel, parece que llega en son de batalla como paladín de la vida del siglo. Así puede creerse, ó siquiera sospecharse, y más fuertemente, desde la entrada de Magda, cuando se queda sola con el pastor y despreciativa le reta á que, á ella, «tan apasionada del mundo, á ella, que ha recibido en pleno rostro el viento de las tempestades», la convenza de que debe renunciar á todo por su mezquina casa; donde el padre quiere retenerla, un poco quizás por los cariños despertados en presencia de la hija y sin quizás un mucho por el orgullo excitado en presencia de la rebelde.

Pero ese reto no es más que un rasgo: feliz pincelada que se refiere precisamente á la pedantería, denunciando la falsa artista. Le habla Hefferdingh al sentimiento, no á la inteligencia. La hija debe permanecer junto al padre anciano y enfermo. Magda llora. Desde entonces, y es cuando en el tercer acto empieza el conflicto, la gran cantante (para la verdadera acción del drama) desaparece; la mujer queda. La tremenda batalla de ideales, que parecía anunciarse, no se intenta siquiera. ¿Cómo suponer que Sudermann aspiraba á esa batalla?

No. Bien gallardo y vigoroso continúa á través del drama el pensamiento del autor. Tranquilo el fanático y satisfecho el déspota con la sumisión de Magda, en el coronel Schwartz aparecen los instintos paternos. Poco tiempo, sin embargo. Magda encuentra al respetable barón Keller; ha reconocido en él á su antiguo amante de Berlín, de quien tiene un hijo que adora. El miserable se aterra ante aquella querida que abandonó villanamente y que puede comprometer su reputación. Ella le insulta y le desprecia, negándole hasta el derecho de llamarse padre de su hijo, por el cual trabajó Magda, por el cual luchó con la vida, por el cual alcanzó riqueza y nombre. Y hé aquí siempre presente la naturaleza en todas las determinaciones de Magda: fué cantante de ópera por ser madre, y su arte es en suma para ella oficio que le da pan.

Sorprende el coronel la escena, y en el sobresalto de Keller, de quien sabía que conoció á Magda tiempo atrás, sospecha la afrenta. El orgullo salta más irritado que jamás. No ruega al barón, le manda, le fustiga, le acusa á preguntas; pero la oblicua cortesía de Keller doma á la fiera y la esquiva saltando la valla de las etiquetas sociales.

Una sacudida tremenda acaba de experimentar el alma prodigiosamente humana del coronel. Sólo á condición de que no la interroge nadie acerca del pasado se había quedado en la casa Magda. Y su padre, que no siente de dentro el honor, sino que lo acepta de fuera, como el bien y el mal, según el modelo que á su corazón hueco imponen las leyes, quizá ha pensado que Magda, durante la ausencia, igual que la ley penal que impide el robo, habrá respetado la ley del honor que impide el amante. Sí; quizá ha pensado esto, ó tal vez no ha pensado nada. Del honor no acierta á ver más que la contingencia del escándalo: es un respeto más al orden; y cuando su hija llega no trae con ella escándalo que pueda llamar hacia el honor su atención. Además, el pastor Hefferdingh defiende á Magda; el gobernador de la provincia la tuvo del brazo... ¡sobra para un reglamentista! Hiérole, pues, la deshonra como afrenta, como amenaza á su orgullo, como desacato de Magda á su autoridad de jefe responsable del orden de su hogar ante el supremo orden social; en modo alguno como posible extravío de la hija con dolor de padre.

¿Cuál es su empeño desde entonces? ¿La felicidad de su hija?... No; el que lógicamente debe llenar una voluntad parecida. Cubrir las conveniencias con una boda de reparación, aun á costa de la dicha de Magda, que aborrece al seductor, ó vengar la ofensa con un duelo, otra *práctica admitida* en estos casos. Pero el hipócrita barón medita ambas contingencias y prefiere la boda, si bien exponiendo á Magda condiciones: una, que ella abandone su profesión; otra, que abandone á su hijo, al hijo de ambos, pues de lo contrario será siempre el testimonio de aquella ligera conducta que quiere ocultar el pudor mercantil de Keller. Y Magda, que hubiera cedido al sacrificio como a triz, revélase de todo su sér á la infamia como madre.

Hé aquí el momento más delicado y difícil del drama. Los caracteres se destacan con extraordinaria robustez, envuelta siempre la lógica de error, es decir, la fatalidad que los alienta, en el disfraz de lógica verdadera con que el error provoca los conflictos de la vida que solemos aceptar como racionalmente necesarios. Así solemos aceptarlos sin tener en cuenta que la armonía universal se opone á la contradicción y que la contradicción es filosóficamente imposible, por consecuencia. Pues bien, en el drama de Sudermann, todo el conflicto, y el final del conflicto sobre todo, tiene esa apariencia de necesidad racional.

— «Magda rechaza para la boda condiciones exigidas por las conveniencias sociales» — dice, retirándose, el barón al coronel. — «¡Es usted un caballero!», le

responde éste, inclinándose ante la invocación de ordenanzas. Y bajo *palabra de honor* le promete arrancar á su hija el consentimiento.

Magda odia á Keller, Magda ama su arte, Magda adora á su hijo. ¡Inútil! ¡Contra todos esos grandes impulsos de la naturaleza de la mujer está implacable y ferozmente dispuesto el coronel á satisfacer los viles formulismos de la honra! Entre la madre, que al noble grito de su corazón desprecia las sociales conveniencias, y el canalla que ante las conveniencias sociales escarnece los más hermosos sentimientos, elige al gubernamental, al reglamentista, al hombre de orden: es decir, al canalla. Y la degeneración de aquella alma de padre llega hasta la ironía sangrienta de exigir á Magda que por su hijo jure la boda repugnante que ha de privarla de su hijo...

No llegaría á conseguirlo, no, que despierta al fin se halla la voluntad heroica de la madre, única y positiva grandeza de aquel carácter; y lo que la audacia de la actriz no hiciera, inculpar al déspota, hácelo con arrogantisimos acentos la madre herida. ¿Quién puede mandarla en la casa de donde fué arrojada? ¿Quién pedirle cuentas de su honor? ¡Ella entendió el honor á su manera, dispuso de sí misma sin más trabas que las de su corazón, no había pertenecido á un solo hombre, y no podía, por consiguiente, ni aun dentro de concepciones tan extrañas del deber, casarse con el barón Keller!...

El coronel, que al primer indicio de deshonra no había sentido vergüenza ni pena, sino latigazo de insulto que estimuló su orgullo á la pelea en pro del orden, contempla de improviso en el segundo indicio (de la misma deshonra, porque la deshonra no es cuestión de cantidad) la derrota irremediable del orden, y cae herido de muerte entre los escombros de su hogar sin cariño, cuya ruina ha sido él mismo.

Es la apoplejía. Arrebato de falsedad que paraliza el corazón y el cerebro. Junto al muerto está la familia desecha, abandonada por los amigos, por los farsantes. Magda quedará allí con su hijo, amparando á su hermana, llorando por su padre, *por el amor arrancada á su gran mundo de ilusiones* para confinarse en otro de miserias donde contempla la catástrofe de que se juzga culpable, y alrededor de la cual queda revoloteando, lúgubre y tranquilo, el pastor Hefferdingh, como invisible fatalidad en torno á los despojos de la vida.

FELIPE TRIGO.

ASPIRACIÓN.

SONETO.

Del mundo por el vasto panorama,
veloz cruza mi libre pensamiento...

¡Á las parás volar le presta el viento,
y luz para brillar la roja llama!

La tempestad mi corazón inflama;
hondo placer en sus horrores siento,
y canto al son del huracán violento
y duermo en brazos de la mar que brama.

Libre del lazo de la ruin materia
del mundo no conozco la miseria
ni al yugo de sus leyes me doblego...

Busco del sol las luminosas galas,
y he de volar hasta que allá en su fuego
mi mente queme sus brillantes alas!

FRANCISCO VILLASPERA MARTÍN

LOS PROLETARIOS DE LEVITA.

(LOS SECRETARIOS DE AYUNTAMIENTO.)

UNA de las clases más vejadas y despreciadas por el actual desbarajuste social, es, sin duda alguna, la de los secretarios de Ayuntamiento. Algunos literatos ilustres, y muchos políticos ávidos de popularidad, hanse ocupado en retratarla, pero con muy mala fortuna y completa carencia de datos sociológicos. Una particularidad muy digna de tenerse en cuenta es que los más acérrimos detractores del secretariado español, han sido los más entusiastas defensores del trono y del altar.

¿Qué significa eso? No lo sé; y si no fuera porque conozco algunos compañeros (pocos, por fortuna) que comulgan en tales doctrinas políticas, diría que tal saña procede del espíritu altamente progresivo que informa todos los actos de la clase á que me honro pertenecer.

Como soy socialista de verdad; como al defender al

secretariado no defiendiendo tan sólo el sustento diario de mis hijos, sino que también á una de las clases sociales más necesitadas, peor retribuidas y más vejadas, de ahí que acuda á las columnas de GERMINAL, en lugar de hacerlo en las de los ilustrados y valientes colegas que en defensa del secretariado se publican, porque de este modo sabrá el pueblo, sabrá España toda, que no son sólo los obreros los que padecen, los que sufren, sino que también hay otros hombres, otras familias, que sufren los efectos del hambre, del frío y de las injusticias de la actual desorganización social.

En efecto; los que conocen á la clase secretarial sólo por la superficie, motéjanla con los calificativos de *caciques rurales, señores feudales*, y otros piropos por el estilo, sin pensar que tales *caciques*, tales señores feudales, se ven precisados, para conservar un haber (con descuento) que oscila entre 200 y 999 pesetas anuales, á tocar el órgano en las iglesias, las campanas en los campanarios, ayudar á dar los santos óleos, limpiar las botas al monterilla de sus andurriales y hacer la rueda al cacique máximo de la capitalidad del partido ó de la provincia, y ¡ay! del día que el señor feudal (léase secretario) deje de doblar su espina dorsal ante cualquier cacique de nuevo cuño, porque entonces caerá, en clase de excomuniado de cualquier obispo de Mallorca, una cesantía como un Navarrorreverter, que le dejará sin pan y sin hogar. Y no se diga que cabe el recurso dealzada ante el Consejo de Estado, porque éste, de conformidad con lo informado por la Comisión provincial, decretará la legalidad de la destitución, aun cuando en sus considerandos tenga que hacer tumbar de espaldas al sentido común, á la lógica y á la gramática.

En suma: el secretario de Ayuntamiento es el sér más vejado y escarnecido, no solamente por la influencia ejercida por los cuatro monterillas rurales, sino que también por los 10.000 caciques de que hablaba Ernesto Bark; por aquellos caciques que, aprovechándose de la manera de ser actual, les obliga, por la fuerza del hambre, á secundar las trampas, enredos y coacciones donde pueden medrar á costa del prójimo. ¡Ah! Si la libertad de expresarse fuese una verdad, ¡cuántas cosas podríamos decir los secretarios!

Pero aún hay más; si los asuntos escabrosos forjados en las esferas obscuras de algún numen vacío queda sin efecto, el secretario de Ayuntamiento queda cesante y envuelto en un proceso, del cual le será difícil salir sin dejar un girón de su honra inmaculada envuelta en los atestados de papel sellado. De modo que aquí puede decirse aquello de

«Un cura y un sacristán
hicieron un altar;
si sale bien, lo hizo el cura,
y si no... el secretario á presidio.

El último verso no *pega*, pero es una verdad como un templo.

Pero lo más triste, lo que más descorazona á los hombres obligados á vivir desempeñando tales cargos, no es el sufrir tales vejaciones; no es el miedo á los caciques rurales y provinciales, es, sí, la apatía, el indiferentismo de la gran mayoría de nuestros compañeros, despreciando la organización de la clase y coadyuvando con su conducta infame al desprecio vil de que somos objeto.

¿Por qué no abandonáis vuestra criminal apatía? ¿Por qué, despreciando toda falsía, no nos unimos y agrupamos bajo la bandera del *Correo de Madrid*, ó bajo la idea socialista, con tanta fe y entusiasmo defendida por GERMINAL? ¿Es que os dan miedo los caciques? Si es así, decidlo, y sabed, ¡vive Dios! que, á pesar de vuestro indiferentismo y de vuestro miedo vil y cobarde, la bandera de la emancipación secretarial tremolará incólume por entre la atmósfera pútrida que nos envuelve.

ONOFRE VILADOT.

LOS PRESOS DE MONTJUICH.

Sr. Director del GERMINAL.

Muy señor nuestro: Con esta fecha remitimos al Sr. Ministro de la Gobernación un escrito, del que transcribimos á continuación copia literal.

Capacitado usted de nuestra situación, sabrá dispensarnos las repetidas molestias que le proporcionamos y confiamos en que se dignará disponer su publicación en el semanario que dirige.

Por ello le quedarán reconocidos sus afectísimos que s. m. b., lo que suscriben.

Excmo. Sr.: Los detenidos gubernativos que suscriben, tienen el honor de exponer á V. E. con el mayor respeto, lo siguiente:

Si ha de darse crédito á las repetidas noticias oficiosas que á diario publica la prensa, habrá de concluir-

se afirmando que por orden de V. E. se están realizando los trabajos necesarios para decretar nuestra libertad.

En las actuales circunstancias estimamos de importancia suma ser prácticos y á este fin llevaremos nuestras consideraciones.

Cuando tuvo lugar el atentado de la calle de Cambios, la policía de esta ciudad, deficientísima así por su organización como por las condiciones de sus individuos, detuvo á cientos de ciudadanos á quienes no conocía personalmente é ignoraba por completo su conducta, bien para justificar la necesidad de la existencia de su cargo y continuar por este medio percibiendo sus haberes, bien para merecer distinciones y recompensas; buena prueba de ello, el hecho de no haber sido la mayoría procesados, ni aun siquiera habérsenos tomado declaración, y que el procesamiento de los que fueron incluidos en el sumario, tuvo por base los inquisitoriales martirios á que se sometió á algunos de ellos para obligarles á que acusaran á todos los demás, á pesar de lo cual fueron la mayor parte declarados más tarde inocentes por el Supremo Tribunal de Guerra y Marina.

Para justificar la policía su indigno proceder, hubo de acompañar nuestra detención con multitud de infames notas, en las que nos presentaba como sujetos de malos antecedentes y peligrosos para el orden social; graves cargos que, ni en todo ni en parte, podrá ratificar si el Gobierno armonizando los dictados de su recta conciencia con las valiosas indicaciones de elevadísima persona y nuestro deseo igual al de la opinión toda, claramente expresado en el escrito que con fecha 6 del actual dirigimos al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, abre una información amplísima y rigurosa en que se aquilata la culpabilidad ó inocencia de cuantas personas han tomado parte en este proceso social, ya actuando de acusadores, ya de acusados.

¿Qué podremos decir de cuantos fuimos detenidos después de terminado el proceso y jamás se nos ha dicho la causa de nuestra detención? ¿Cabe la suposición de que fuéramos detenidos á consecuencia del atentado?

Podrán variar las fechas, lugares y condiciones accesorias en que fuimos detenidos, pero en el fondo todos somos igualmente inocentes é igualmente arbitraria nuestra detención, no cabiendo, por tanto, más que una pronta y única resolución, si ha de procederse con arreglo á estricta justicia.

La de decretarse la inmediata libertad de todos, absolutamente todos los detenidos.

Ahora bien, en el Gobierno civil de esta provincia obran los falsos antecedentes dichos; la entidad gobierno subsiste, pero el personal, desde el gobernador hasta el último policía, cambia frecuentemente; si á falta de los datos verdaderos sobre la conducta de cada uno de nosotros, los que hoy existen se conservan, habrán de tener éstos validez para el nuevo y sucesivo personal de aquella dependencia, lo que constituye un grandísimo y constante peligro, así para nosotros como para nuestras desgraciadas familias; importante razón que suplicamos tenga en cuenta V. E. á fin de que dichos extremos sean convenientemente rectificadas y se eviten por este medio, tan natural y sencillo, ulteriores y graves males.

Imposible ha de ser á V. E. formarse exacta idea de lo que necesita y desea la libertad, quien, como nosotros, ama tanto la familia y la ve perecer de miseria, hija de nuestra detención; pero sinceramente manifestamos, que si para llevarse á cabo la información amplia y rigurosa que estimamos indispensable para el esclarecimiento de cuantos hechos tienen relación directa con el atentado de la calle de Cambios, juzga el Gobierno necesario la prolongación de nuestra detención, no sólo sufriremos resignados el tiempo que sea preciso, sino que afrontaremos gustosos las responsabilidades que pueda llevar consigo una revisión completa, imparcial y justa, y seremos los primeros en prodigar al Gobierno nuestro humilde pero entusiasta aplauso.

Viva V. E. muchos años.—Castillo de Montjuich y Cárceles nacionales de Barcelona, 12 de Octubre de 1897.—Bautista Cervera.—José Poch.—Francisco Freixa.—Francisco Elías.—Francisco Rull.—Francisco Toldrá.—Antonio Navarro.—Vicente Fossas.—Julian Montes.—Federico Curt.—Mariano Valls.—Salvio Puig.—Gerónimo Otín.—Antonio Seró.—Ramón Ars.—Sebastián Cufapé.—Jaime Catafal.—José Chinchilla.—Manuel Susana.—Ramón Font.—Buenaventura Morató.—Manuel Simó.—Baldomero Roqueta.—Pedro Perramón.—José Montemar.—Pablo Cavet.—José Vives.—Doningo Fruits.—Jacinto Mestrich.—Antonio Tetas.—Francisco Cardenal.—Esteban Cuyás.—Pedro Costa.—Mariano Alvarez.—Pedro Marbá.—Jaime Leonart.—Jesús Aparicio.—Angel Vilapreñó.—Baldomero Cornadó.—Francisco Sala.—Gabriel Llibet.—Ramón Ardiaca.—J. Curriols.—Constantino Amigó.—Mateo Roca.—P. Carreras.—Jacinto Bartomeu.—Baldomero Garcia.—Pablo Bó.—J. Coromnas Pera.—Mateo Coll.—Enrique Sánchez.—Ramón Vila-seca.—José Guillemot.—Clemente Sala.—José Salarich.

—Pedro Camps.—Francisco Perez.—Pedro Arolas.—Francisco Abayá.—José Puig.—Manuel Melich.—Catalampio Trillas.—José Ferré.—Antonio Tomás.—José Vicens.—José Elías.—Mariano Martorell.—Carlos Bielsa.

UNIÓN DE DEPENDIENTES Y EMPLEADOS.



ON viva satisfacción publicamos el llamamiento que la Comisión organizadora de los dependientes del comercio de ultramarinos dirige á sus compañeros. Esperamos que la iniciativa de estos entusiastas jóvenes será imitada por los dependientes de otros ramos y los numerosos empleados esclavos de los despachos de particulares y de las poderosas Compañías de ferrocarriles y «arrendatarias» de toda clase.

Todos unidos y organizados formarán la gran Unión de Dependientes y Empleados de España, que conseguirá de sus explotadores una existencia digna y honrosa. Por algo concede la ley el derecho de asociación y de manifestación pública, y si esto no fuera suficiente, harán valer el derecho de dirigirse en petición á las Cortes.

¡Adelante, pues! Todo se conseguirá con unión y organización.

A los dependientes del comercio de ultramarinos en Madrid.

Compañeros: los únicos dependientes del comercio que ni tienen siquiera una hora de distracción, somos nosotros, pues llega un día festivo y tenemos que estar sujetos en la tienda; se hace alguna función en que disfruta todo el pueblo, tanto industrial como comercial, y á nosotros se nos priva de poder disfrutar como los demás, teniendo que quedarnos en la tienda; es decir, que para el dependiente de ultramarinos no hay salidas; tiene que estar siempre esclavo detrás del mostrador, pues ni aun se nos permite salir á la puerta de la calle.

Esto, como comprenderéis, es injusto; pero para conseguir algo y librarnos de ello, necesitamos unión; esta unión la conseguiremos formando una Sociedad, en la cual se trate de conseguir el descanso en el día festivo desde las dos de la tarde hasta el otro día, y que en los días laborables se cierre á las nueve de la noche.

Unión, compañeros, y en las dos ó tres horas que nos quedan hasta las doce de la noche, que por regla general nos acostamos, las dedicaremos á estrechar más y más los lazos de unión, exponiendo cada cual sus ideas.

Compañeros: hay que unirse, contando para tal unión con algunos dueños de tiendas que consideran cuán justa y razonable es nuestra pretensión.

Por lo tanto, y con objeto de saber los que están conformes con la formación de la Sociedad de Dependientes de Ultramarinos, pueden dirigirse por escrito á la redacción de GERMINAL, Libertad, 29, imprenta, y una vez que se vea si son muchas las adhesiones recibidas en la redacción de dicho periódico, procederemos á la tirada de otra hoja, para quedar acordados en el día, hora y local donde nos reunamos para dicho fin.

¡Animo, compañeros! y á buscar el descanso de que somos tan acreedores como los demás.

LA COMISIÓN.

NOTA. Las adhesiones se admiten en la imprenta de GERMINAL, Libertad, 29; los adheridos satisfarán un real al mes para los gastos de propaganda; cuando se hayan inscrito suficiente número de compañeros, se convocará á una reunión para elegir la Junta Directiva, que procederá á la realización del programa indicado. Para facilitar la propaganda, pueden adquirir los adheridos paquetes de 15 números del órgano de la Asociación, por 6 reales, suscribiéndose por mensualidades adelantadas.

RASGOS.

Se han encargado desde este número, de la Dirección y Gerencia de GERMINAL D. Nicolás Salmerón y García, y de la Redacción en jefe D. Ernesto Bark.

Honrarán las columnas de GERMINAL con sus trabajos de colaboración los Sres. González Serrano, Calderón (Alfredo), Escuder, Salas Antón, Odón de Buen, Blasco Ibáñez, Fraguas, Gómez Tornero, Castro (Salvador) y otros.

* * *

GERMINAL se propone consagrar preferente atención al movimiento de las ideas socialistas en España y en el extranjero.

Publicará también *interviews* con los representantes más autorizados de los grupos y asociaciones obreras, y con las personalidades más salientes de la Cátedra, de la Magistratura, del Foro, del Arte, de la Literatura, de la Ciencia y de la Política, de la Industria, del Comercio; en suma, de las manifestaciones todas de la vida social.

Nuestro correligionario P. A. R. nos remite un interesante estudio encomendando el *sufragio permanente*.

Hace diez años lo propagamos nosotros bajo el lema del *ad referendum*, practicado con gran éxito en Suiza y en algunos Estados de la América del Norte, y el *mandato imperativo* indispensable para que el pueblo pueda á cada momento despojar del acta al diputado.

Con motivo de la agitación del servicio obligatorio, hemos visto la eficacia de la Unión Republicana Socialista.

Iniciado el movimiento por los artículos de León Tolstoi, y «Las Quintas» de GERMINAL, fué acogido por los socialistas obreros y secundado por los republicanos, entre los cuales hay hombres del prestigio de Pérez Costales, que tomaron parte en estos *meetings* organizados por socialistas.

¿Cómo podía olvidar la Asamblea de Sevilla, presidida por el antiguo federal-socialista, Antonio Azuaga, de proclamar la Unión Revolucionaria Republicana Socialista? ¿No comprendía que la agitación social es el acicate revolucionario más poderoso?

Esta omisión por sí sola demuestra que los hombres de aquella Asamblea de Andalucía no estaban á la altura de su misión. Ni siquiera han pensado en proclamar la constitución de la Región Andaluza, que hubiera sido una obra práctica y oportuna.

* * *

Y bueno será advertir, ya que tanto han jaleado los periódicos de gran circulación la campaña emprendida por los socialistas del compañero Iglesias, que siempre los partidos republicanos han abogado é inscrito en sus programas el principio del servicio obligatorio.

Ultimamente, en la campaña realizada por los prohombres de la Fusión republicana, singularmente en Cataluña y en Valencia, se ha pedido por todos los oradores que en ellos han tomado parte el servicio obligatorio. Si esta nota no ha sido recogida por la prensa de gran circulación ni jaleada con el entusiasmo que han puesto para hacer resaltar los ataques del compañero Iglesias al partido republicano, quizá tendría alguna explicación si se tiene en cuenta que nada han dicho los socialistas respecto á los que se redimen del servicio militar y se sustraen al deber de defender á la patria, ingresando en los conventos, sin necesidad de redimirse á metálico.

No han clamado los socialistas contra ese irritante privilegio, y si lo han puesto de relieve los republicanos. A bien que tampoco protestaron los socialistas de Iglesias de las infamias cometidas contra los presos de Montjuich, sino cuando reiteradamente habían elevado en su defensa su poderosa voz los republicanos.

Por hoy, nada más; ya insistiremos sobre esto para que cada cual sepa á qué atenerse y la opinión no se extravíe intencionadamente.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan comunicarnos, sin pérdida de tiempo, cuantas deficiencias encuentren en el servicio administrativo, que hemos tenido que reorganizar por completo.

La Administración de GERMINAL se ha trasladado á la calle de Villanueva, 20, donde deberán dirigirse todas las reclamaciones y la correspondencia administrativa.

La correspondencia de Redacción deberá dirigirse á la calle de Génova, 7, bajo.

MUJERES PRÁCTICAS.

Legó Alfredo *La Correspondencia*, que á la luz del tranvía vino leyendo desde Pozas, y miró dónde se encontraba: calle Mayor. ¡Oh! y á fé que le había ensimismado el periódico. El coche iba bien de mujeres. Lo que se dice, cuando el día está de bonitas, se ve cada cara como una gloria.

Junto á él, mamá respetable, cincuenta y de libras, pero hermosa; y con dos niñas á la izquierda que... hasta allí. Se advertía á la pequeña molesta en la estrechura del asiento, aguántada casi por aquel empleadete de levitín raído, personilla de pelele medio oculta entre las gasas de la jóven por un lado, y bajo el mantón de corpulenta chula por el otro; ésta era la cuñía de la tanda. En la de enfrente dos ó tres señoras todavía, una con su marido, guapa ella y retrechera. Pero, á la más hermosa fueron los ojos de Alfredo guiados por la nariz; por un rastro de heliotropo que le caía de muy cerca, envolviéndole en nube de sutil voluptuosidad: alzó la vista y vió de pié á la puerta de la plataforma delantera una rubia espléndida, de continente altivo de princesa, buena moza, enguantada, llena de lujo, de brillantes.

Alfredo se levantó y la ofreció el sitio. Ella dió las gracias sonriendo, clavándole los grandes ojos de oro también como el pelo abundantísimo. Iban á llegar: no merecía la pena. Insistió Alfredo y la elegantísima dama se inclinó gentil, mostrando en la sonrisa la blancura de papel de sus dientes; fué á dar un paso, y con la velocidad del tranvía perdió graciosamente el equilibrio: Alfredo la sujetó por el brazo: contacto leve que bajo la seda hizo constar carne resbaladiza, elástica, tentadora.

Sola. ¿Quién sería?... El joven, que emborrachándose de amor en su perfume la contemplaba, hubiese jurado que transparentaban algo de suprema aristocracia aquella desenvoltura, aquella singular expresión de aplomo, de experiencia y ansia de placer. Cintura delgada, caderas anchas, pecho alto. Una delicia. Razón poderosa del vivir. Por dar un beso en tal encanto de boca, se comprendía todo.

¡Oh! ¡Y nunca podría dar Alfredo un beso en cada boca de mujer hermosa! ¡Nunca! es decir, que se moriría habiendo deseado besar tantas mujeres... ¡Qué penal!

Paró el tranvía. La dama pasó delante del joven inclinándose llena de gracia; sus ojos largos de pupi-

las amarillas de oro volvieron á meterle en el corazón languideces de muerte. Descendió y atravesó rápida y garbosa la Puerta del Sol, sorteando coches, hasta la acera de enfrente. Allí su marcha fué un triunfo, los hombres se paraban, las mujeres volvían la cabeza. Alfredo iba detrás, á distancia.

Imposible figura más gallarda. Vista de espaldas á las luces eléctricas de las farolas y los escaparates, toda aquella arrogante hembra con su traje claro de seda destellaba chispas: de sus brillantes, de los plateados botones de su esbelto talle, de los hilillos de oro de sus encajes, de las peinetas sepultadas en las olas rubias de su peinado, de los caireles de su capota verde, entre gasas y rizadas plumas. Su andar era fácil, ondulado. Sus pies herían el suelo con todo el peso de la buena moza: bajo su aspecto delicado, casi aéreo, se adivinaba toda la hermosura.

Torció por la calle de la Montera. Alfredo llegó á la esquina, se paró, y parecía vacilar. Sí; por último, hasta el fin del mundo. Sabría su casa. París bien valía una misa.

¿Casada?... Un mes, dos. Una labor de aproximaciones insensibles. ¿El plan?... Resultaría después; por lo pronto, bastaba la voluntad. Querer es hacer querer, tratándose de todo.

Alfredo, procurando no perder la linda cabeza rubia de capotita verde, que seguía con la vista por encima de las gentes, á lo lejos, para no ser advertido, iba ya pensando en el portero, que le facilitaría detalles. E imaginaba también sus paseos á lo cadete, sus butacas frente al palco, su insistencia ante el enojo; luego la mirada, la primera mirada; es decir, el triunfo. Desde que una mujer devuelve la primera mirada de amor, está vencida. Lo demás es accidental, de oportunidad y de tiempo.

La hermosa rubia dobló por la calle del Caballero de Gracia. Alfredo, que iba á cincuenta pasos, se apresuró hasta la esquina; allí se paró contrariado. Ella, muy cerca, en la luz viva de un escaparate de sombreros, resplandecía de belleza y de elegancia. Antes de seguir, le vió: había mirado hacia atrás. Una mirada particular, subrayada de sonrisa. Y aceleró la marcha.

¿Fué aquella sonrisa leve la placentera emoción de toda mujer cuando observa que interesa, puramente de vanidad y que nada promete, ó fué el *enterada y conforme* de un proyecto de historia? Difícil saberlo. Casi seguramente lo segundo, sin embargo, al tratarse de una mujer de 30 años, cuya hermosura debía de haberla ocasionado suficientes galanteos para odiarlos por sistema ó para gustarlos por hábito. Alfredo echó este dato á su favor. No era poco.

Era... la primera mirada. Sólo que, aun dada por cierta, esto no era todo, y los deseos iban más aprisa que las esperanzas. Quedaba siempre la necesidad de verse y de hacerse rabiarse, de la presentación y el trato..., de ese infinito juego de habilidad que exigen ellas para engañarlas desde que se proponen ser engañadas. Un tiempo lastimosamente perdido en el prólogo, cuando espera un libro seductor,—pensaba el joven.

¡Ah, si las mujeres fuesen prácticas! ¡Tan prácticas como los hombres!... Entonces, á aquella disparatadamente hermosa, de quien él había visto embelesado la boca roja y la nuca blanquísima y vigorosa cubierta de vello de oro; á quien él mirándola había desnudado con el pensamiento y con su complacencia; que iba sola, y quizá á fastidiarse en la soledad de su gabinete, nada la impediría en aquel mismo momento aceptar su brazo y dejarse conducir á otro gabinete más reservado... de Fornos, por ejemplo, que estaba á un paso. Dos horas. Hermosura por pasión; luego, adiós para siempre, ó hasta la vista.

En este momento Alfredo se detuvo. Su amigo Alvarez saludaba afablemente á la dama. Debían conocerse mucho, según las risueñas frases cruzadas entre apretones de manos. Tan pronto como la dejó, Alfredo le salió al encuentro:

—Baja conmigo.

—No, sube tú; tengo prisa.

—Un momento.

—Pero, hombre...

Le arrastraba del brazo.

—¿Conoces á aquella?

—¡Claro!

—¿Dónde vive?

—Allí. (González señaló un principal.)

—¿Quién es?

—Luisa.

—¿Qué Luisa? ¿Luisa de qué? ¿La mujer de quién?

—La mujer de nadie. Es decir, de todo el mundo. Tu mujer si quieres: cinco duros.

Alvarez, aprovechando su brazo en libertad, salió disparado. Un segundo después Alfredo entraba en Fornos; pero iba solo.

Y se sentó pidiendo un humilde café con leche.

—Caramba—pensaba mientras era servido,—esa es más práctica que los hombres todavía.

Y no, no era eso lo que deseaba. Alfredo hubiese querido que todas las mujeres fuesen muy prácticas... para él únicamente.

CÉSAR NOCÉM.

EL GRABADOR UNIVERSAL.

GRAN TALLER DE GRABADO

PARA

litografía, talla dulce y tipografía.

FOTOGRAFADO, FOTOTIPIA

Y SUS SIMILARES,

con maquinaria para la estampación de estos procedimientos.

DIRIGIDO POR

FÉLIX JAIME

VILLANUEVA, 20.—MADRID.

INSTITUTO POLÍGLOTA

Francés, inglés, alemán, ruso, italiano, portugués, polaco, árabe, latín, griego.

Lecciones desde 15 pesetas al mes; conversación de francés (Cercle Polyglotte), 5 pesetas al mes; traducciones comerciales, literarias, de documentos, etc., en el acto, 1 peseta las cien palabras.

Director: D. ERNESTO BARK

De diez á doce en la Puerta del Sol, números 11 y 12.
Papelería Pelegrini.

D. BRITO SÁNCHEZ

CIRUJANO-DENTISTA

Pone á su disposición el Gabinete de Clínica dental, montado con todos los adelantos de la ciencia.

Consultas y extracciones los jueves y domingos, de ocho á una, UNA PESETA.

SAN BERNARDO, 20

Acaba de publicarse:

LA REPÚBLICA SOCIAL

CARTILLA POLÍTICA DEL PUEBLO

FOLLETO DE ACTUALIDAD

á 25 céntimos.

- I. Deberes y derechos del ciudadano.
- II. El Programa de la República.
- III. Los Presupuestos nacionales.
- IV. La Revolución Social.

Los centros populares pueden adquirir 200 y más ejemplares á 10 céntimos

en la Administración de GERMINAL.

Ernesto Bark; biografía, por Francisco Macein.
Las Escuelas Socialistas; por Rafael Delorme.
La Hacienda de la República Social; por Ernesto Bark.

El Ministerio del Trabajo; por I. L. Lapuya.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	{ Trimestre.....	2	pesetas.
	{ Año.....	7	—
Provincias..	{ Trimestre.....	2,50	—
	{ Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto		0,15	—
Idem atrasado		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.